GERMÁN CAMACHO LÓPEZ

¿Realmente confías en tus recuerdos?





Una de las mejores novelas de suspenso de los últimos tiempos



MENTE FRAGMENTADA

MENTE FRAGMENTADA
Germán Camacho López

Germán Camacho López

MENTE FRAGMENTADA

Título original: ***Mente Fragmentada***
Idioma: Castellano
1ª edición: Noviembre 2010

Bogotá, Colombia

Germán Camacho López
MENTE FRAGMENTADA

ÍNDICE

Agradecimientos

A todos aquellos quienes con su entusiasmo aportaron las valiosas ideas, que hicieron posible sembrar la semilla que un día germinaría como Mente Fragmentada. A esos amigos con quienes he tenido el privilegio de compartir letras y sueños.
A todos ustedes porque con cada frase, con cada idea, con cada letra tecleada formaran por siempre parte de estas líneas.

Germán Camacho López

¿Como nació Mente Fragmentada?

Mente fragmentada es una obra literaria cuyo objetivo principal fue integrar diversas ideas de escritores noveles, entusiastas literarios y lectores, haciendo posible que una amalgama de líneas escritas a través de internet tomara forma, dando nacimiento a esta novela de suspenso psicológico.
Cada uno de esos aportes literarios fue tenido en cuenta, analizado y valorado procurando dar cabida a cada pensamiento que fluyó con naturalidad, durante el proyecto inicial que abarcó un par de meses; durante los cuales mas de cincuenta apasionados de la escritura haciendo uso de sus perfiles en una red social, colaboraron con su honesta opinión de lo que debería ser esta novela. Línea a línea fue viendo la luz Mente Fragmentada, una obra de todos y para todos.

Germán Camacho López

Despierto, a mí alrededor puedo ver
las botellas de alcohol vacías;
cuando lo único que quiero ver,
es tu rostro; amor.

Cuando las palabras se convierten,
en nudo en mi garganta y las frases
que debí decir, carecen de sentido;
solo quiero ver tu rostro amor.

Tras el vidrio transparente, unas gotas
adornando el fondo de las copas;
cuatro paredes, un cuerpo agotado;
solo quiero ver tu rostro amor.

LA MUERTE GERMINA, DANDO FORMA AL AMOR

Era una tarde calurosa… el sol golpeaba con mas intensidad de la habitual el rostro de los transeúntes. Caminé entre las transitadas calles, hasta llegar a la avenida principal donde vi cruzar a una pareja tomados de la mano; él tendría poco más de treinta años, ella factiblemente unos veintiocho. En ese momento mi corazón se detuvo volviendo a mi mente aquel pensamiento ¿donde estaría?... entonces el sonido estrepitoso de la sirena de una ambulancia me sustrajo de mis razonamientos, y a toda prisa crucé la amplia calle para continuar mi camino.

Algún otro día el calor habría causado en mí regocijo y fascinación, pero así me resultara inusitado esa tarde suplicaba por unas gotas de lluvia, mientras observaba los enormes edificios en busca de la dirección que me había sido entregada.

La pareja destellaba felicidad, pero el paisaje matizó su mácula sobre la romántica escena tornándola en caos, cuando repentinamente dos hombres se aproximaron en dirección a ellos aligerando el paso; sin mediar palabra uno de ellos tomó por el cuello a la joven, en tanto que el otro amenazaba a su enamorado con una fulgente navaja.

No recuerdo bien mi actuar en ese momento, quizá, intenté socorrerlos. Evoco inclusive la lucha contra uno de los malhechores, disputa que juzgo en mi mente, se prolongó durante minutos que parecieron interminables.

Afortunadamente, algunas personas las cuales caminaban por el lugar se aproximaron al ver lo ocurrido, precipitando la huida de los dos sujetos.

Salvado el peligro asistí a la frágil mujer, quien se desplomó en mis brazos victima de la conmoción. Mientras la sostenía, observándome con rostro palidecido, voz temblorosa y entrecortada; que hoy recuerdo suave, demasiado etérea, preguntó:

– ¿Como esta él?–

De inmediato giré para confirmar su estado, viéndolo tendido en el suelo sobre un gran charco de tonalidad carmesí, que dejaba escapar una larga y continua línea, que se hacia angosta hasta rondar el extremo de la suela de mis zapatos. Estaba ahí inmóvil, casi sereno; perceptiblemente todavía respiraba. No pude articular palabra y mi silencio fue su respuesta.

Un par de minutos después la policía ya estaba en el sitio. Los rostros curiosos que se habían arremolinado para observar, murmurando lo sucedido, prestos se alejaron; seguramente, eludiendo verse involucrados en una investigación.

Los oficiales aproximándose nos rodearon, entretanto, uno de ellos confirmaba los signos vitales del lesionado. Un sargento luego de saludar dio inicio a las preguntas de rigor:

– ¿Qué fue lo ocurrió aquí?–

–Permítanme sus identificaciones–

La joven mujer sacudida por el sobresalto y la angustia, apenas si lograba contener el llanto mientras inclinada de rodillas, con una de sus manos acariciaba el rostro del herido. Ante el confuso escenario, con el uniformado frente a mí observándome con semblante acucioso, me adelanté para manifestar lo que yo mismo podía conjeturar.

–Sargento fueron un par de sujetos. Esta pareja venia platicando tranquilamente por la acera, cuando fueron bruscamente asaltados; uno de los delincuentes portaba un cuchillo.

-Ya veo, ¿podría describirlos?-interrumpió él.

-Todo sucedió muy rápido-comenté- la verdad yo solamente pasaba por aquí e intenté ayudar…en síntesis, infortunadamente fue poco lo que pude hacer–

La joven permanecía tan exaltada que el policía centró su indagación en mí, una cargante sucesión de preguntas que iniciaba a agobiarme, mientras él tomaba apuntes en una libreta.

– ¿Qué hacia usted en este sector?–preguntó.

Lo miré a los ojos con axiomática impaciencia y respondí:

–Como ya le expliqué sargento, pasaba casualmente siendo testigo de este lamentable suceso, como cualquiera habría hecho intenté ayudar; luego los sujetos huyeron, entonces me percaté que este caballero estaba herido–

–Necesitaremos su declaración para ampliar la investigación ¿lo entiende?

–Claro que si, sargento–

El uniformado procedió a tomar mis datos: nombre, dirección, como también los de mi lugar de trabajo.

Ese día conocí a Diana. Sin embargo, sentía que la conocía de siempre, y de aquel incidente trágico surgiría una historia de amor; pero el destino es una ruleta que escapa de nuestro control, caprichoso, muchas veces indescifrable.

No pude evitar quedar prendado de ella, aun sabiendo que su corazón pertenecía a otro, un desventurado que quizás la seguía amando aún en esa agonía final, quien probablemente lo haría hasta el instante mismo de abandonar su cuerpo.

Con el apremiante correr de los minutos agonizaba el mediodía, al tiempo que descollaban en mi mente los pensamientos, el frenesí, los rostros desconocidos, la sofocación; mientras detonaba en mi cara el patoso e inútil interrogatorio gracias al cual, mis zapatos habían zozobrado en la acuosidad sanguinolenta de un hombre, que se desangraba a mi costado sobre la acera en una carrera aciaga contra la muerte… –¡Estúpido sargento! – Aulló mi mente.

Con ánimo redentor, un impulso colérico hizo brincar a la muchacha de sus gimoteos, lanzándola como una fiera herida contra el grupo de agentes policiales.

– ¡Maldita sea! ¿Donde está la ambulancia, acaso lo dejaran morir?

– Uffff– sentí un singular alivio, cuando menos alguien se invadía de fervor para que aquel desdichado fuera atendido.

– ¡Dios…agilicen la llegada del vehículo de emergencia!–aproveché para intervenir.

Justo en ese momento silbó la estridente sirena y un frenazo seco advirtió el arribo de la ansiada ayuda. Del automóvil descendieron rápidamente dos jóvenes paramédicos, quienes se avivaron en acomodar la camilla donde situar al paciente. A continuación de ingresarlo, uno de ellos extendió su mano para ayudar a la joven a subir, igualmente yo sin razonar como, finalicé al interior de la ambulancia como acompañante. De inmediato el rugir del motor estremeció la maquina que evadiendo semáforos y adelantando vehículos, partió en procura de dar una oportunidad de vida al desventurado; poco menos de diez minutos fueron suficientes para alcanzar el centro hospitalario. Estando ahí fuimos recibidos por el personal médico del área de emergencias, al instante el herido fue entubado siendo conducido a toda prisa en dirección a la sala de operaciones; desprevenido en aquel tejido confuso perdí de vista a Diana, buscándola con la mirada recorrí los blancos pasillos de la institución de salud, hasta verla cruzar una puerta acompañada de un médico; avanzaron unos metros hacia mi y este luego de saludar consultó.

– ¿Es usted quien acompaña a la joven?

Ante la averiguación deduje que mi presencia en aquel lugar no correspondía, si bien me sentía incapaz de abandonarla a su suerte, de modo que sin más meditación asenté afirmativamente a la pregunta.

–Si, he venido con ella–dije –con reparo de que aquel me preguntara quien rayos era yo.

Con tangible desazón en el rostro el galeno indicó que lo siguiéramos, así hicimos; ella avanzó un poco más rápido adelantándonos unos pasos y nosotros caminamos en silencio tras la huella que dejaba su perfume, en procura de la habitación donde debía estar el herido.

Al ingresar pude ver a Diana, sosteniendo la mano del cuerpo sin vida de quien otrora fuera su amor. El médico se aproximó a ella musitando palabras que no pude escuchar, mientras yo continuaba de pie sobre el quicio de la puerta totalmente pasmado.

Ella levantó la mirada para observar a quien le hablaba, asintiendo con la cabeza tal vez el dictamen que aquel le proveía.

Al ver su rostro afligido, tan distante, sentí más que nunca, como un reflejo de asuntos antes vividos que la conocía desde hace mucho.

–Realmente lo lamento–expresó el doctor dejando la habitación–y antes de adentrarse en el pasillo indicó–los dejaré un momento para ir avanzando en los tramites correspondientes.

–Claro, gracias Doctor–certifiqué como si en realidad aquel infortunado tuviese algo que ver conmigo.

Cuando quedamos solos ella hundió su mirada en mí, entonces la sentí recelosa como si de algún modo emitiría un juicio en mi contra, relativo al simple hecho de estar ahí violando su privacidad, inmiscuyéndome en su dolor. Quedó alelada en una imprecisa pausa, manifiestamente sin ganas de hablar, con indecisión me acerqué y ella en una conducta casi

intuitiva, me abrazó liberando todas las lágrimas que traía consigo el inesperado suceso, que le transformaba la existencia.

Quise confortarla sin saber que decir, limitado en palabras que pudieran dar aliento, como si también aquellos hechos fueran mí culpa y ahí en medio de la fría habitación simplemente quedamos en silencio.

Poco después el cuerpo sin vida fue trasladado a la morgue del hospital, testando en su destino las ansias y la nostalgia de quien ha perdido algo demasiado valioso; dejando solo el atisbo de una profunda soledad a cuestas.

Aquel recuerdo permanecería en mi mente siempre, el día cuando crucé la acera de una avenida que postrer era también, la historia de aquellos jóvenes amantes que se quebraba abruptamente. El destino impredecible, denso, misterioso; se cruzaba en mi vida con una enseñanza desde todo punto cruel: <La pérdida de uno puede ser la ganancia del otro, mas en algunos casos la pérdida para todos>

Yo quien tantas primaveras procuré el verdadero amor en los rostros distantes de mujeres solitarias, jamás habría imaginado la forma tan repentina, plausiblemente trágica como llegaría Diana, a mi vida.

MARES DE OLVIDO, PLAYAS DE ANSIEDAD

Una tarde de sol bajo el amparo sibilino del azar, el cielo tenido de añil me había revelado su

silueta en la playa, su esplendorosa sonrisa nacarada por el elixir del amor que le anclaba en el corazón; sentimiento proveído por aquel quien consagrado a la efigie de sus formas le dejaba una tarde, tan solo el semblante desvencijado de quien lo ha perdido todo.

Transcurrió tiempo desde aquel aciago y soleado mediodía. Ahora me encontraba ahí sentado frente a una maldita botella de licor, ambicionando un vigor que hace mucho me había abandonado, evocando momentos felices a su lado; evadiendo cobardemente el camino que me conducía a la verdad, una que ella merecía. No habría momento indicado mientras las mentiras me carcomieran, el alcohol solo conseguía remover dentro de mi las evocaciones sobre asuntos de antaño, y en el flamear de mis afectos sentía que la amaba desde lo profundo de mi ser.

Habían transcurrido cinco años de perenne matrimonio salpicado de rutina, reparos, desconcierto; azarosamente en nuestras vidas había ahora alguien más. Su nombre… Juan Felipe, nuestro hijo, quien contaba solo cuatro años. A pesar de él me sentía atrapado en un callejón sin salida, en el laberinto de Dédalo, sin unas alas de cera.

Una noche álgida, solitaria, de las tantas que concluían mis días enajenando mis noches, Román, mi gran amigo, al cual consideré siempre tácitamente más que eso mi propio hermano; me invitó a una fiesta organizada en el bar que frecuentábamos. No dudé el acceder a la invitación, con certeza requería un escape como en efecto ocurrió.

El reloj selló los minutos más entretenidos que había logrado en semanas, acompañado por rostros

familiares, copas de bourbon e implícito otras sustancias que no es ocasión mencionar. Finalmente, tiempo, azar y destino confabularon esa noche para hacerme conocer a una hermosa mujer, quien llegaría para confundir aún mas mi ya alterado razonar…su nombre era Carolina. Bastó cruzar un par de palabras para quedar prendado de ella, entretanto, un cantaor con aires de poeta grababa con el cincel de la verdad sus palabras en mi mente y yo levantaba mi copa celebrando su prosa.

"las despedidas son tristes, pero esta no lo será, me ha dejado su amor, también las olas del mar. Tal vez pronto regrese, a lo mejor ya no volverá, tantas veces he marchado, tantas otras resucité, sé que una vez más no me vendrá nada mal.

Necesito un adiós, quizá tan solo un abrazo, nada de esto lo esperaba, tampoco me hará ningún bien, ya no interesan sus cartas, sus llamadas, ni su amor…fuerza; fuerza y ganas que se desgastan. Me voy a pintar de colores la ciudad, la piel de aquellos que la vida como un tren atropelló a su paso, me voy a respirar el aire puro, a jugar al futbol, fumarme algún habano morirme de la risa con algún porro prestado; mirar a mi linda vieja con sus cabellos pintados, con el corazón hinchao, me despido de este mundo con el sol, con el invierno en el lomo, con un traguito de whisky, un soul, una dama y su regazo, voy a tirarme al rio, despertarme en las noches, adiós, adiós…me voy a pensar el mundo…

En un lapsus inadvertido me derrumbé de nuevo, hasta quedar inmerso en el socavón de mi abatimiento. Carolina, ya no estaba a mi lado e

imágenes confusas giraban en mi cabeza, acaso el efecto del alcohol, de la noche oscura o la luna llena danzando allá afuera como un gran trozo de queso, a punto de caer de la mesa. Probablemente, fuera ella sin pretenderlo, sin meditarlo; cuerpo de mujer, calor, sexo que se trasmutaba en la razón de mis memorias, trayendo de vuelta las imágenes de la tragedia, la misma que confió una oportunidad al amor aquel día.

El vidrio traslucido de una botella medio vacía, atrapada entre líneas blancas como carriles de tren perdiéndose en la nada; el cristal que reflejaba sus facciones, la añoranza de tiempos mejores golpeándome de lleno en el rostro, aumentaba gradualmente mi galimatías.

El aroma de Diana, regresaba para viciar el aire que respiraba, las memorias de su amante tendido sobre el plomizo y gélido lecho, insinuaban como un suave susurro mis propias mentiras; develando mi verdadero rostro, lo que realmente era… la razón de todo eso.

¿Por qué engañarla en la forma más vil que podía hacerlo?

Tendría que decirle la verdad, era mi única salida, mi premisa.

Mi contrición se vio abruptamente interrumpida ante la presencia de Carolina, quien emergió de en medio de la pista de baile, portando en su mano derecha un teléfono móvil el cual me aproximó al llegar a la barra – ¿Qué es esto? – Pensé – Un teléfono sin números en sus teclas, no podía entenderlo, era idéntico al que usara en aquella época

que probaba exorcizar de mis recuerdos; pero aparecía ahí detonando frente a mí sin previo aviso.

–Es tu contacto en Sicilia–mencionó ella–te llamará en unos segundos, te pido no intentes escapar de nuevo–

– ¿Que ocurría? – La confusión se hacia cada vez mayor.

Al observar a Carolina, mi piel se erizaba, la suya era misterio, pasión, desenfreno; ¿Quién era esta mujer? Naufragué entre conjeturas, mientras mi corazón se obstinaba en recordar a Diana, sentía que todavía la amaba, adivinando que un amor tan especial no se esfuma radicalmente. Si bien aquella tentación seguía a mi lado; no importaba la llamada ni la incoherencia de sus frases, tampoco el remordimiento que lentamente me mataba. Era un juego simplemente eso, debía serlo.

Otra vez quedaba extraviado en el jardín de mis pensamientos, recordando el afecto incondicional de Diana, y la sed que me allegaba con sus movimientos Carolina, mientras la vida se me hacia un dos por tres.

–Dios, ¿Cómo salir de este laberinto?

– ¡Riiiinnnnggg! – El sonido estruendoso del aparato telefónico ahora en mis manos, me hizo sobresaltar y con recelo oprimí la tecla receptora.

–Si, diga usted–

Nada escapó del audífono, tan solo un silencio absoluto interrumpido sin más, por un ligero dejo de interferencia; pero estaba seguro que alguien me escuchaba del otro lado de la línea, podía percibirlo como si esa persona contuviera el aliento.

– ¿Si diga? ¿Quién llama?– insistí– Solo silencio…al instante la llamada interrumpida.

–No deberían atenderse todos los llamados– reflexioné.

Si aquel mediodía hubiese continuado mi camino sin prestar mayor atención a esa pareja, a lo mejor mi vida habría sido distinta; sin la carga de la compasión pesándome sobre el lomo. Con la amarga sensación que aquel desdichado, obtenía un final afortunado contrapuesto con el mío, pues en definitiva, amó sin restricciones ni temor; sin deliberación alguna respecto de sus sentimientos, simplemente batallando para estar junto a ella. Desestimando la idea que una tarde asoleada sería el asfalto de una deslucida ciudad, que nunca se detendría ante su ausencia, el abrigo final para un sentimiento herido de muerte.

Mientras yo me desvanecía como el humo de un cigarro, entre las formas de dos mujeres que afligían mi existencia; sin poder acertar el verdadero amor en esa encrucijada o la simple avidez de sosegar mi propio vacio afectivo alimentado largo tiempo, ese mismo que minutos antes de cruzar aquella avenida, bajo el fatídico sino de sombras inexpugnables, me empujaría al borde de la locura; esa donde habitarían Diana, y luego también Carolina.

– ¡Mierda! Preferiría creer que el amor no existe, que el ser humano es tan solo instinto–.

Ansiaba tomarme unas vacaciones mentales, partir hacia un bosque libre de conceptos, perderme en mi propia jungla de emociones; en lugar de eso,

conseguía paradojas, imágenes que me apremiaban, anarquía mental.

– ¿Cual era la realidad?–

Me sentía perdido en un universo inédito donde múltiples miradas me acechaban, juzgando mi vida como un infierno voluntario, exclusivo, del cual nadie podía redimirme.

Venido de un lugar de quimeras asomó en mis manos un cuchillo ¿de donde provenía? Ninguna respuesta esclarecía la incógnita; lo observé durante unos segundos, la hoja de metal reflejaba mi imagen que al instante se distorsionaba, instituyendo la iconografía del momento justo cuando aquel joven fuera ultimado. Podía verme de nuevo sobre aquella acera, esta vez era yo quien sostenía en mis manos el cuchillo ensangrentado. La patrulla policial se aproximaba obligándome a huir…

– ¿Era posible? ¿Realmente asesiné a ese hombre? –

Debía estar soñando seguramente a causa del efecto del alcohol y las drogas ¡no podía ser yo, no tenia ningún sentido! Sin embargo, ¿Qué hacia esa tarde justo en el lugar de los hechos?

La confusión regía mi mente –¿Era yo un asesino?–

– ¡Obviamente no! debía liberarme de ese teatral escenario que me forjaba en la débil victima de sibilinas casualidades–debo hacerlo me repetía a mi mismo–

Probablemente solo se trataba de analogías morales, al sentir que estaba apuñalando el amor de

Diana, y Carolina, sacrificando su afecto sin que ellas pudieran saberlo.

– ¡Si, debe ser de esa manera, simplemente soy un asesino del amor! –me dije.

No obstante, aquel cuchillo ensangrentado podía simbolizar al mismo tiempo, la verdad rasgando las entrañas de Diana, el día que la verdad le fuera revelada de mis labios, la casualidad o el destino; que sé yo…solo intuía que en consecuencia la mataría de dolor, desbordando toda la infamia que albergaba en mí sobre ella.

Lo sabia, podía ocultarlo ante todos, pero en mis entrañas palpitaba una certeza ineludible cuyo epígrafe era categórico; sobre la muerte de un pobre infeliz, había edificado los pilares que sustentarían mi ambicionada felicidad. La sentencia era demasiado elemental: nada bueno pudo emerger de tal suceso, erigido sobre semejante egoísmo. Ahora mi alma avergonzada intentaba escapar de ese desierto emocional que transitaba cada día, ahogándome en llanto, delineando la misma escena cada noche, evitando que mis parpados cedieran ante el agotamiento; anegando mi olfato con el olor de su sangre, impregnando mi vida con su muerte.

–¿Me dejaría derrotar? acaso cuando la voz en mi cabeza dejara de clamar que debía ser valiente, que debía olvidar e intentar amar esta existencia que llevaba, renunciar a los recuerdos, dejar de dañarme–

No quería razonar estaba harto de todo eso, era el amo de mis actos, el dueño de mi cuerpo; haría lo que correspondiera para escapar de esa enajenación–me reclamaba a mi mismo–

Desconecté mi cerebro dejando que el tiempo se desvaneciera, perdido en el rudimento de un territorio desconocido, consintiendo que el silencio me liberara. Un profundo temor me embargaba, dudaba de todo, empero, redimía mis lastres, mis delirios, mis emociones, mi adicción al dolor; la mano huesuda de la muerte. Todo en contexto se transformaba, ahora me transmutaba en un monstruo vacio.

Esta emancipación me ayudaba a dar un mejor uso al receptáculo que habitaba mi cabeza, intuyendo que mis actos fueran promovidos por el amor y en nombre del amor todo valía. No debía sentirme desolado, de a poco iba derribando el desconcierto que me destruía, repentinamente todo se esclarecía: ¡debía buscar ayuda!

HERIDAS SANGRANTES DE UN SENTIMIENTO INCURABLE

Comprendí en seguida que solo me había restringido al compilar mis penas, en el fardo de mis aislamientos. Razoné que la mano siempre tendida de mi buen amigo Román, continuaba brindándome su apoyo; desde críos nos hicimos grandes amigos y él permaneció junto a mí en los peores momentos, como un ferviente cómplice. De modo que decidí procurar su consejo visitándolo en su domicilio. Así lo hice sorteando las seis cuadras que distanciaban su vivienda de la mía, respirando el aire cargante de la ciudad.

Al llegar oprimí el frio timbre metálico el cual emitió su fachosa resonancia. Del interior escapó el golpeteo de pasos avanzando. La puerta crujió revelando finalmente, la figura de Román, quien sonrió al verme.

–Que tal hombre ¿Cómo va todo?–saludé.

– ¡Por qué traes esa cara!– exclamó –pensé que te daría alegría visitarme después de tanto tiempo ¿dónde te habías metido? vamos, sigue…sigue–

– ¿Después de tanto…?–pensé–si tan solo la semana pasada… ¿Cuánto tiempo había pasado?

Quedé vencido fruto del desconcierto, pues en mis pensamientos recordaba haberlo visto hace pocos días, pero en realidad su recibimiento indicaba un prolongado alejamiento.

– ¡Carajo mi imaginación no dejará de torturarme!–cavilé

Román, me miraba fijamente con cierto dejo de extrañeza, mientras me invitaba a instalarme en el sofá. Seguido con su habitual gesto fraterno consultó:

– ¿Bien amigo, qué es lo que ocurre? No te ves nada bien–

Tan solo oír su pregunta los confines de mi entereza se desbordaron de agitación, tantos sentimientos entremezclados, largamente reprimidos, formaron una asfixiante trabazón en mi garganta; mis ojos se inundaron de lágrimas y con voz estremecida ansié aligerar en el abuso de la amistad, la pesada carga que sobrellevaba.

–Román, necesito tu consejo–imploré

–Por supuesto, sabes que puedes hablar conmigo–expresó él.

–Amigo, antes que nada agradezco que hayas estado conmigo en todo momento–expresé, entonces di inicio a mi desahogo– Tú sabes mejor que nadie cuanto la he amado. Como un condenado rumbo al cadalso quien se aferra al último rayo de luz que abriga su ser, como si se tratara al mismo tiempo del último centelleo de vida. –y proseguí–la verdad es que me perdí en el inmenso mar de sus ojos melancólicos, quedando extasiado en el calor de su ser. Sin ningún recelo de estar entregando mas amor de aquel que ella me proveía. Ese mi amigo, fue mi gran error, mi culpa, mi tragedia; aquella que debo soportar a cuestas carcomiendo las entrañas, asintiendo un espantoso secreto del cual mi razón quiere escapar, pues creo ser yo quien contrató a los hombres que dieron muerte a ese pobre desdichado–

– ¿De que hablas?–preguntó Román, con pasmo y el rostro desencajado–

–No lo sé, realmente no lo sé. Llegan a mi estas imágenes como fragmentos de un rompecabezas que no logro articular. Solo acierto revalidar lo que ya sabes: como un imbécil me enamoré extraviado en su aroma, seducido por los contornos de su grácil figura, su rostro terso, su piel rozagante; por las formas redondeadas de su prominente busto y el vaivén de sus armoniosas caderas, que se movían como si se tratara de un baile al compás de alguna música de moda–

Román, simplemente observaba sin articular eufonía ninguna que acertara o dimitiera mi relato, así que continué.

–Justamente ese fue el vendaje que encubrió la artimaña, agazapada en la oscuridad de un rincón desde el cual, arremetió con su aire de reina; atestando con su filosa hoz un golpe mortal sobre mi ingenuidad–

No recuerdo haber concluido mi dialogo con él, simplemente la circunstancias me ubicaron nuevamente solo en el espacio mismo de mi residencia. Engorrosamente ahora, la confusión resultaba mucho mayor; sin lograr atinar si aquella conversación realmente se había sucedido o tácitamente los fragmentos de mis pensamientos me jugaban una nueva treta, haciéndome sentir cientos de voces diferentes que habitaban dentro de mi cabeza, tan solo para atormentarme.

La desesperanza me ubicó de nuevo en la noche que conociera a Carolina, ¿Quién era yo? ¿Aquella inusual llamada podría tener una respuesta?
Para entonces no conseguía la sutileza en mis recuerdos, empezando a sospechar de mi propia existencia.

Román, ¿quién era él? ¿Acaso un invento cerebral? que iba y venia a su antojo o efectivamente, un amigo que estaba ahí para escucharme, brindándome algún consejo. Eso o uno mas de mis delirios, una quimera que asentía proscribir mi propio ser, haciéndome libre de invadir a un ser imaginario con mis irracionales demandas, con extravagantes sucesos; como si de algún modo pudiese crear una mente sin rumbo para usar a mi antojo. Mas aquel juego resultaba demasiado riesgoso, so pena de perderme para siempre en la confusión, quedando

atrapado en aquella telaraña de sentimientos, en la frustración de emociones irreales.

Mientras infería quienes eran estas entidades que arrumbaban mi razonar, de la nada emergió una voz, manifiestamente la de Román, como si una pieza extraviada del rompecabezas surgiera abruptamente para encajar en el.

–Amigo, todo en la vida tiene una razón nada es casualidad, entiéndelo, habitar al interior de un castillo erigido de mentiras es una muerte lenta, demasiado dolorosa. Solo puedo sugerirte sigue con tu vida, ten paciencia, ya veras que lo restante caerá por su propio peso–

De nuevo esa intermitencia se desvaneció rápidamente.

Sorprendido, más que eso, plenamente confuso me hallé en el salón principal del apartamento, sentado sobre el sofá anhelando la compañía y el afecto de Diana, tanto como la pasión de Carolina.

Demasiados vacios agobiaban mi existencia, debía tomar una decisión que aliviara el apremio que agitaba el torrente que recorría mis venas, aunque doliera; sin importar partir mi alma en dos y en la oscuridad de la noche que se avecinaba, mientras repasaba en mi mente las grafías de la acera donde nació esta historia, la sentencia era sucinta: solo la verdad me liberaría. Acaso ¿Perderla seria el precio?

Finalmente, Diana, regresó a casa. El viejo reloj cockoo heredado de la abuela, cuya ave debía haber muerto al interior de la maquinaria, ya que nunca más volví a verla, señalaba las ocho y treinta de la tarde.

Cerró la puerta tras ella y con total indiferencia cruzó el pasillo que conducía a la cocina, sin molestarse siquiera en darme el saludo.

– ¡Que carajo ocurre contigo!–vociferé–siempre es lo mismo, llegas aquí ignorándome como si se tratara de un perfecto desconocido.

Las discusiones eran cada vez mas frecuentes entre nosotros, ninguno de los dos era la misma persona, sin duda, ella sabia que algo andaba mal, que dentro de mí el estampido de la irracionalidad, de la autodestrucción, se albergaba como un monstruo de mil cabezas; ese que en ocasiones suele absorber el raciocinio. Una bomba de tiempo a punto de detonar, una a la que nadie se acercaría sin su traje de antiexplosivos emocional. Podía entenderla, supongo que lo hacia, sin embargo, era inevitable la frustración y el enojo que aquello me generaba.

Ella guardo silencio y me miró casi con lastima, con un evidente dejo de desprecio.

¿Qué más podía decirle? Era algo que yo mismo había procurado.

Entonces en mi cabeza retumbó lo que ya sabía: aquello no podía continuar, la revelación que su corazón anhelaba debía emerger.

–Diana, debo hablar contigo–dije – con las emociones hechas un nudo, sabiendo que mi cobardía no era una opción.

El ambiente se cargó de ansiedad, vacilaciones, murmullo de traiciones, aullido de mentiras.

Se sentó en el sillón frente a mí, desde su llegada no había abierto la boca, ninguna exclamación salía de sus cuerdas vocales; su mirada inquisitiva me

atravesaba como una lanza, era seguro ella lo sabia, simplemente quería escucharlo de mi, y de esa forma poder odiarme mas.

El momento había llegado ¿Qué haría? No podría huir, no en esta ocasión. Román, no estaría ahí para socorrerme.

Las palabras principiaron a brotar como la más amarga de las hieles; de pronto el maldito pájaro del reloj, saltó justo en ese instante del que pensé su féretro y por primera vez en mucho tiempo exclamó su trinar, burlándose de mí, asistiendo al espectáculo de mi condena. El silencio de Diana, me desmoronaba, a medida que avanzaba mi relato sus ojos se cristalizaban de llanto, aun así, su afonía se eternizaba. La testificación se dilató tornándose perenne, con todo, una vez iniciada ansié continuar revelándolo todo, ya no importaba, ambos lo merecíamos; luego cada uno sabría que decisión tomar.

Cuando concluí ella se ahogaba en el llanto del odio, del infortunio, de la transgresión de su amor; aún así, en ese momento prefirió guardar silencio alejándose en dirección al cuarto y sentada sobre el dintel de la cama continuó desahogando su tristeza. Avancé tras ella intentando acercarme, pero me rechazó de inmediato.

A partir de esa noche la ciclópea distancia que nos separaba se hizo mayor, elevando además entre nosotros un bloque de hielo del tamaño de un iceberg. Su indiferencia me destrozaba el alma, la tristeza irradiada en su semblante me recordaba la razón de su apatía, lo cual me lastimaba todavía mas al no poder remediar tal situación.

Por esos días ella debió dejar la ciudad a cuenta de algunos asuntos laborales. Y en la privación de su presencia supe que la extrañaba, que aspiraba esa compañía una vez grata, y el calor de sus abrazos. Su ausencia me inundó de desasosiego durante una semana que se estiró, multiplicando y engrosando los minutos; tiempo durante el cual tan solo añoraba rodearla con mis brazos, acariciar su pelo, besar sus labios, su piel; estar dentro de ella y en la cúspide del éxtasis olvidarlo todo.

Mas debo confesar que mis sueños hace mucho se trasmutaban en pesadillas, por supuesto, esta vez no seria la excepción. Finalmente, la mañana de su regreso la esperé con ansias, con la pretensión de solucionarlo todo, incluso, preparé un singular desayuno adornado con frescas flores tomadas de un jardín vecino. Empero, cuando hube dispuesto todo para instalarnos a saborear el tentempié, de sus labios provino el fulminante golpe de una confesión inesperada; me observó fijamente con morbosa indolencia, dejando escapar lo impensado, despojado de cualquier sutileza o antesala.

–Debo decirte algo: hace un par de noches en la reunión de la empresa estuve en la intimidad con otro hombre–dicho esto, calló sin el menor reparo ni encogimiento, luego agachó la mirada e inicio a dar un bocado del plato.

Mas que una confesión esto era abiertamente su forma de torturarme, de hundir un afiliado puñal en lo profundo de mi pecho, para luego aplicar la sal de su odio en la herida. Lo había calculado en su mente con la esencia de un método simple, mas demasiado

doloroso; manifiesto yo ya no importaba, no significaba nada en su vida.

EL FUEGO DE UN NUEVO AMOR

Los agitados días de dolorosas confesiones me situaban en una encrucijada, cuyos muros se erigían en la argamasa de lo ilógico; un gran toldo de circo repleto de absurdos personajes que emergían desde el abismo de mi cabeza, sin discrepancia entre la realidad o la quimera ¿era solo mi imaginación? Resultaba espinoso discernir o concebir legitimo este postulado ¿Román, Carolina y Diana? Como también mis conversaciones con ellos ¿eran solo el alumbramiento de mi trastornada digresión?

Recorrer las agitadas calles resultaba una oportuna terapia, de modo que acostumbraba salir del apartamento en las tardes para caminar un poco, mientras observaba aquella metrópoli indiferente de burgueses elegantemente trajeados, semáforos defectuosos, caótico transito. En este ejercicio me resultaba ineludible cavilar ¿quién era yo? ¿Como encajaba dentro de aquel impreciso galimatías? Sin embargo, ni siquiera el favor de esa respuesta lograba obtener.

En las mañanas al mirarme al espejo, tropezaba con el semblante de un hombre embargado de quimeras, acosado por los fantasmas de un pasado que develados recorrían mis sueños, cruzando sus fronteras para inundar mi lucidez. Era esa mi miseria

existencial; vacios que encajaban en la nada, imágenes que navegaban en un mar de angustias y el retrato de un hombre muerto en la acera. Diana, Carolina…los consejos de Román, quien fortuitamente apareció frente a mi puerta noches atrás, según expresó preocupado al no tener noticias mías durante un par de semanas.

– ¿Que ocurre hombre, que significa este desastre?–indagó al entrar a la vivienda– ¿Hace cuanto no sales de este lugar?–

En una singular abstracción fui incapaz de contestar su pregunta, dándome cuenta que simplemente la respuesta no estaba en mí. Lánguidamente respondí.

– A decir verdad no lo sé –

Tan solo cruzar esas palabras al segundo la imagen de Román, se evaporó como de si de un fantasma de tratara; al momento estaba yo tendido de espaldas sobre la cama recapitulando la traición de Diana, amargándome las entrañas con su bilis. Pretendiendo ser un asesino que tomaba el mismo cuchillo con el cual fue liquidado ese pobre infeliz, para descargarlo sobre la humanidad de ella y así trozar su corazón en pedazos, pero sabía que no podía hacerlo.

Alucinado por el dolor de la remembranza, con su perfidia en mis sienes golpeando como un martillo, sentí la necesidad de escapar de aquella reclusión voluntaria. Aligerar el paso por esas calles atestadas de sueños, adoquinadas de sonrisas; olvidarla para siempre, precipitarme en el refugio de los brazos de Carolina, aunque invirtiera en ello mi

propia vida. Imbuirme en el lugar perfecto, el mismo que aguardaba cada noche sin desdén por mis ausencias, dejando siempre sus puertas abiertas para mí. Ahí me encontraba de nuevo en el bar frente a la barra bebiendo una copa, sofocando mis penas en su fondo cristalino. Poco después Carolina, estuvo conmigo, sentándose a mi lado; su sonrisa manifestaba el agrado al verme. Se aproximó acariciando con su mano mi rostro y su aliento avivado pronto se encontró con mi apetito de ella; nos besamos… la tomé de la cintura en tanto que ella jugueteaba con su lengua dentro de mi boca, formando un lazo con la mía. Podía sentir todo el calor de su piel estremeciendo con brío mi corazón, con todas mis ansias quería poseerla abandonarme en el salvaje bálsamo de su sexo, con desparpajo se lo expresé mientras la estrechaba en mi cuerpo.

–Quiero tenerte ahora, justo aquí en este instante–

Ella sonrió provocativa, fogosa, luego bebió de la copa de bourbon y arrebató el cigarro de mi boca para dar una aspirada…el aroma que exhalaba su dermis se mezclaba con el de la nicotina, esa misma que tantas veces juré abandonar.

Entonces se hizo evidente: mi honorable confesión de nada servía, el dolor continuaba compungiendo mi alma, mi verdad era solo esa, drogas, alcohol, sexo, culpas; castigos que jamás se irían.

Media botella principiaba a inundar mi mente, los minutos corrían a la velocidad de la música soul, el poeta, sus versos, las copas, risas, rostros; todo llegaba

como un enorme rompecabezas de piezas que danzaban en el aire, cobijando mi ser. Simplemente reíamos, solo de esa manera me sentía realmente libre.

Al regresar esa noche al apartamento avancé hacia el cuarto en busca de Diana, ella no estaba; no había nota, eso me hizo presumir que aun no me abandonaba. Pasé por la habitación de Juan Felipe, donde todo estaba ordenado… cavilé que ya no tenia ningún tiempo con él, quien gran parte de la semana la pasaba en casa de su abuela materna; luego corrí en dirección hacia la ducha, sin descartar la terrible idea de un probable suicido. Gracias a Dios, su ausencia tampoco lindaba esa decisión, finalmente, me dejé caer vencido sobre el pasillo que separaba las dos habitaciones. Entendí que tampoco esa noche vendría, últimamente se ausentaba durante días sin dar ningún aviso, tampoco yo me tomaba la molestia de buscarla.

Sentado en el frio suelo apoyado contra la pared, me despedí de un mundo que ya no evaluaba existente o delirante.

Sumergido en aquel mar de ensueño me sorprendió un rayo de luz vulnerando la claraboya, eran las 3:00 pm indicaba mi reloj de pulso. Me apropié de mis pensamientos dejando de tortúrame durante ese instante simple, vívido; ensayando dejar de lado el pasado me incorporé y avancé hacia la habitación, al abrir las puertas del ropero me di cuenta que gran parte de mi ropa lucia descuidada, tomé lo mejor que pude, avancé hasta el toilette y consentí que la lluvia de la regadera me conjurara de la pesadez que portaba.

Una vez estuve compuesto y ataviado partí rumbo a la casa de Carolina.

Tres golpes suaves sobre el portón de madera me anunciaron, la visité sin informarle previamente mi llegada, a pesar de ello su recibimiento fue afectuoso, se podría decir que esperaba mi arribo.

–Hola–dijo obsequiándome un beso– vamos…sigue, hace bastante calor aquí afuera–

Era cierta su apreciación, el astro rey centelleaba con toda su quemazón en esos días, ingresé a la vivienda y amablemente me invitó a sentarme junto a ella sobre el cómodo sofá.

Hablamos sobre tantas banalidades que ya he olvidado, más mis evocaciones intactas esbozan la imagen de Carolina, aligerándose las prendas, empapada en toda su sensualidad. Tomando en un santiamén mi mano para llevarla en dirección al cobijo de sus deseos, arrojándose sobre mí con el furor de su apetito transpirándole los poros, obrando imposible contenerme. Con su licencia me aferré con fuerza a su cuerpo asiéndola por las pulposas nalgas, dando rienda suelta a esa locura desenfrenada que nos consumía, nos devoramos uno al otro sin miramientos, levantando la copa del derroche en un solaz carnal que ni en mis mas sucias fantasías habría imaginado; recorrí cada milímetro de sus femíneas formas empapándome de su aroma, turbando los sentidos, poseído en el sumo frenesí de la razón perdida. Finalmente, nos fundimos en un abrazo que nos condujo al cielo, para finalizar extenuado sobre su

cuerpo bendecido en sus líquidos, luego el cansancio logró vencerme.

La luz del día me recibió aferrado a sus brazos; desperté sintiéndome completamente libre cuando menos una noche, con todo, mis sentidos se reagruparon al despertar, y tras ellos como dama de compañía llegó la miseria. Abandoné las sabanas de mi bella amante procurando no despertarla, luego renuncié al cálido refugio para regresar a mi hábitat, al execrable lugar que me correspondía. De regreso me di a la tarea de destruirme con un singular estremecimiento de culpa a cuestas, como si engañarla importara, sumara o restara algo.

Al llegar fui directo hacia el refrigerador extrayendo una botella de whisky escocés junto con mi paquete de cigarros, acto seguido me dirigí hacia el cuarto sentándome sobre la cama junto a la ventana, desde la cual podía observar la calle; ya enclavado en el sitio elegido me dispuse a infligir mis entrañas.
Con un humeante cigarro sofocando el aire en la habitación y la botella a medio terminar, sentí el impulso de darme una buena afeitada, y me incorporé para hacerlo. Estando en el cuarto baño, al alzar la mirada para observarme en el espejo, luego de enjuagar la cuchilla; pude ver justo tras de mi el reflejo de Diana, quien simplemente me observaba, como si nada.

– ¿Que haces aquí?–pregunté.

– ¿De que hablas?–respondió ella–¿Donde demonios estuviste anoche? Repugnas a nicotina y alcohol. ¡Dime de una buena vez que es lo quieres!–

– ¿A que te refieres?–repliqué–Solo tenía ganas de fumar y tomar una copa…–¡ya déjame en paz!

– ¿Donde está Juan Felipe? ¿Ahora ni siquiera le dedicas tiempo a tu hijo?–interrogué con el designio de evadir sus reclamos.

– ¡Que te importa!, ¿desde cuando eres un buen padre?–dijo ella.

Con enfado lancé la afeitadora impactando la porcelana blanca del lavabo y salí dejándola sola, luego avancé hasta la sala sintiéndome hastiado de aquella situación; durante un rato estuve allí desorientado, aborreciendo el entorno que me asediaba. La puerta hacia la calle se develaba como mi único subterfugio…un portazo anunció mi partida, y fugitivo de mis infortunios avancé sin rumbo bajo el cobijo de la oleada tarde.

Erráticamente, sin premeditarlo estuve de nuevo en aquel lugar que recordaba claramente, estando ahí, la atmosfera se inundó con el aroma de la muerte; podía sentir en mi garganta el acerbo de la sangre. Las imágenes de aquel día vinieron desde su bóveda de olvido, sentí escalofrió al recapacitar que estaba parado justo donde aquel infeliz había fallecido. De pronto la escandalosa melodía del teléfono móvil me abstrajo del recogimiento, era Carolina, quien se mostraba visiblemente alterada.

–Necesito que vengas a mi casa de inmediato–dijo.

–Dime ¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien?–pregunté.

–Solo ven, necesito que vengas cuanto antes–ratificó ella finalizando la llamada.

Quedé lo suficientemente intranquilo ante el nerviosismo que denotaba su tono de voz y abordando un taxi, me dirigí en procura de esclarecer lo que estaba sucediendo.

Al llegar ella esperaba de pie en el quicio de su puerta, sosteniendo un cigarro en la mano.

–Hola ¿Qué es lo ocurre?–dije de inmediato.

–Por favor sigue–dijo ella–sin el acostumbrado saludo efusivo que solía brindarme.

–Vamos…siéntate–invitó con evidente desazón–debemos hablar.

Aquel asunto ya empezaba a intranquilizarme, no obstante, aguardé sus palabras sentado en el sofá principal frente a ella.

–Mira esto es lo que ocurre–dijo–la verdad no sé ni como decirlo, es que…–

En ese instante sus ojos se enjugaron de lágrimas y tomando una carpeta reposada en la mesa de centro, extrajo de esta un papel el cual me alcanzó. No pronuncié palabra asumiendo que aquel documento develaría la razón de su angustia, como efectivamente ocurrió al iniciar a leerlo. Se trataba de una prueba de embarazo cuyo resultado era positivo; en un principió sentí escozor recorriéndome la piel y mis manos se agitaron con trémulo desconcierto. En una mezcla de sentimientos no supe que decir, no era algo que esperara o hubiese calculado; entre tanto mi silencio parecía ensalzar más su suplicio. Finalmente, tomé una bocanada de aire ensayando que el oxigeno en mi cerebro trajera consigo la solución adecuada, y como una luz venida desde el fondo de mi conciencia, se reveló que en contraposición de una desventura

aquello podía mudarse en una esperanza; un nuevo impulso para seguir, el estimulo necesario para olvidarme de Diana, tomando un sendero diferente para recorrerlo junto a una mujer que realmente me amaba.

Pero antes de cualquier decisión que yo mismo optara, debía conocer el pensamiento de Carolina.

– ¿Que crees que debamos hacer? – Consulté dejando de nuevo el resultado médico en sus manos– ¿respecto de lo que decidas estaré contigo?–certifiqué.

Mis palabras emanaron como un paliativo en la emoción que la paralizaba; ya más calmada percibiendo mi talante comprensivo me reveló las particularidades del asunto. Hace poco más de un mes había quedado en cinta según lo concluido por su médico, y si bien ya lo sabia en nuestro ultimo encuentro, había callado temiendo mi reacción. Más no objetaba esto: que desde un inicio su decisión había sido inmutable, con o sin mí, daría la oportunidad al fruto que crecía en sus entrañas de venir a este mundo.

Sus palabras forjaron para mí un aliciente, persuadiéndome que un hijo era lo único verdadero en tal momento de mi agobiada existencia; la señal que algo bueno podía germinar de mí, una vida pura, inocente. La expiación a mi propio dolor, la bondadosa mano tendida de Dios, para un pecador como yo.

En el albur que aparentaba este novedoso esplendor, una incertidumbre resplandecía con más brillo del habitual, ¿como decírselo a Diana? como sumar otro dolor a la larga lista de amarguras que yo mismo había depositado en su vida. Otro golpe bajo que la apartaría para siempre. Por irónico que

resultara, incluso ante la posibilidad de expiación que figuraba aquel embarazo, mis sentimientos hacia ella se negaban a sucumbir. Cargando ese sentimiento, me puse de pie avanzando hacia la puerta.

– ¿Dónde vas? – preguntó Carolina.

–Voy a fumar un cigarro, no quiero que la nicotina afecte al bebé–respondí–de hecho deberías considerar dejar el habito–apunté mientras me sentaba en la acera.

Encendí el alargado tabaco espiando con la mirada los contornos de la calle, y la avenida que se desnudaba ante mí se transfiguró en aquella, donde mi hipócrita comprensión había edificado un mundo de falsedades. Ahí junto al charco bermejo extendiéndose bajo el cuerpo, con el sol del mediodía, los paramédicos, la ambulancia, los gritos de Diana; justo en ese lugar me había convertido en su paño de lágrimas, no caritativo, sino con la egoísta intención de asistir al alumbramiento de mi felicidad, a costa del sufrimiento de otros.

–Ella debía saberlo, debió evitarlo maldita sea–murmuré.

Era claro, allí a mis espaldas en el vientre de esa bella mujer, germinaba mi oportunidad de reparación, de sanar mi dolor; ella se aproximó a mí inclinándose para rodearme con sus brazos y susurrando a mi oído preguntó:

–Bien, dime ¿que haremos?

–Dame unos días para poner algunos asuntos en orden–dije.

–Te quiero–dijo ella.

Yo guardé silencio mientras se desvanecía el espejismo de recuerdos.

Esa noche sin importar nada me quedé con ella. Estando en la habitación la percibí diferente, la observaba sintiendo por primera vez en largo tiempo el amor rondándome, su aroma, la calidez de su piel, su tierna mirada; imaginarla sosteniendo a nuestro hijo en sus brazos, me bautizaba con una profunda paz que inundaba mi alma, aferrándome a la esperanza de renacer desde las cenizas que la desventura había obrado.

¿Era este el destino? ¿Que era realmente? Acaso, la vida es simplemente el tornasol que cada quien ver; aquellos vientos y tempestades son solo conceptos subjetivos, como sea, esta vez no se trataba solo de mi.

UNA MARAVILLOSA Y CONFUSA BODA

El inevitable desenlace de mi historia de amor con Diana, llegó a su colofón con la noticia de que pronto Carolina, traería una nueva vida al mundo y que esa vida que surgía, era el producto de mis escapes de concupiscencia con ella. La destrocé con esa noticia, no solo al revelarle que tenia una amante, sino también que de esa relación llegaría un hijo del cual yo era el padre.

Era una tarde lluviosa cuando le revelé la verdad, mi silencio, mis mentiras debieron disiparse, era mi adeudo, y lo asumí con toda la aflicción que me

forjaba. Me odié mas que nunca, calculando también el daño que le ocasionaba a Juan Felipe; el aborrecimiento que yo mismo sentí brilló con creces ante el repudio que pudo sentir Diana, quien maldijo, lloró amargamente, y lanzó cuanto objeto se atravesó en su camino. Quizás no me quería, pero esa declaración le destrozó el corazón, le reveló que había soportado durante tantos años un débil edificio de naipe que se derrumbaba con un soplo, luego empacó sus maletas abandonando el hogar.

De la demanda de divorcio, la reclamación de bienes, su justificada venganza o de cualquier otra petición nada sobrevino; simplemente desapareció como si la tierra hubiese abierto un boquete para ella, donde ocultar su cuerpo y su dolor. Intenté rastrearla en un principio con recelo, luego con ansiedad, finalmente, con remordimiento; mas nunca pude hallarla en ningún lugar y calculo haber indagado en todos los que eran posibles. Se había esfumado violentando mi ser con cada imagen, con cada canción, con el sabor de sus labios; sobretodo me había lastimado separando a nuestro hijo de mi lado. Nunca volvería a saber de ellos, al menos eso creí.

De su familia tampoco tuve noticias, era como si todos se hubiesen marchado en una suerte de maquinación en contra mía.

Una mañana, inesperada llegó la citación de divorcio, aun en tal circunstancia sentí regocijo al pensar que la vería de nuevo; sin embargo, al revisar los documentos pude ver que otorgaba a su representante, poder especial y amplio para adelantar

dicho tramite. Este subterfugio me convenció que ya no la vería otra vez.

Los meses habían transcurrido y dada mi nueva condición sin impedimento legal que lo entorpeciera, junto a Carolina, optamos contraer matrimonio. Llevando a cabo la ceremonia antes del nacimiento de nuestro hijo; ambos estuvimos de acuerdo seria lo mejor.

La sobriedad me había acompañado durante la mayor parte de gestación de mi primogénito; sacrificio labrado en mi actuar por el bienestar tanto de él como de ella. No obstante, la noche anterior a la boda un impulso irracional condujo mis pasos en dirección al bar; estando allí, el alcohol y las drogas hicieron su parte empujándome a un abismo que se atascaba en mi razonar; debían ser las cuatro de la mañana cuando el barman objetó ofrecerme mas licor. Debí oponerme tenuemente a su negativa, mas estaba tan ebrio que tambaleante avancé en procura de la salida, y al llegar al quicio de la puerta recordé que esa tarde contraía matrimonio con Carolina. Al salir me apuré en abordar un taxi, y al cabo de unos minutos estuve de regreso en el edificio, le entregué unos billetes al conductor, crucé la avenida, me anuncié en la recepción y subí las escaleras que conducían al apartamento. Metí la mano en el bolsillo buscando la llave que difícilmente logré encajar para girar el pestillo, y errático con la dipsomanía alterando mi torrente sanguíneo me desplomé justo en la entrada.

El fulgor de un día soleado, azul y fresco que dejaba colar sus rayos a través del ventanal principal me avivó de mi estado vencido, de inmediato recordé

la boda al mirar en el reloj, las manecillas que señalaban el mediodía.

– ¡Mierda!–exclamé–llevándome las manos a la cabeza–victima de una terrible jaqueca. Me incorporé de la agobiante posición en que mi cuerpo se hallaba, con la espalda hecha polvo; luego avancé hacia mi habitación en busca del traje. Mientras me sacaba los pantalones el teléfono móvil rodó por el suelo, al alcanzarlo encontré dieciocho llamadas perdidas todas de Carolina.

– ¡Carajo!–Farfullé–luego te llamo.

Me atavié de la manera mas digna que pude, estando preparado justo a tiempo para llegar a la iglesia; antes de salir insistí con un par de llamadas a Román, quien obraría de padrino, sin obtener respuesta. Hace mucho no utilizaba mi propio vehículo, pero echando de ver que no había tiempo para formalidades, tomé el ascensor para dirigirme a la zona de parqueo y salí a toda marcha rumbo a mi cita con el destino.

El protocolo para ese día se había determinado sobre la contrariedad de mi ausencia de familiares, más ello no fue impedimento para un adecuado ceremonial. Los primeros en entrar fueron los familiares de Carolina, seguidos de los demás invitados la mayoría desconocidos para mi, revés que me hacia sentir mas que el novio un simple invitado; a Román, quien era palmariamente mi único apoyo, no lograba encontrarlo en aquel pomposo espacio.

Llegó el momento de mi ingreso, tomado del brazo de una desconocida que ejercía el papel de madrina. Cruzado el linde que me adentraba en el

templo, la solemne música de un antiguo órgano, probablemente alemán, inundó el lugar. La familia de ella se ubicó a la izquierda lo que desemparejó el espacio, puesto que el lugar ocupado por el novio resultó fachosamente vacante. Los invitados ocuparon sus respectivas butacas, y sensitivo avancé franqueando el largo pasillo, con un mutismo sacro en procura del altar, donde aguardé resignado el ingreso de quien seria mi esposa. Veinte minutos después apareció la novia, amparada por un improvisado guía de boda, puesto que Román, el padrino, nunca arribó a pesar de los múltiples llamados que le hice.

Carolina, lucia más hermosa que nunca rodeada de un aura que iluminaba el recinto; todos quedaron en silencio al verla cruzar el portón de cedro con níveo metal repujado, que se apartaba para facilitar su andar, su avance hacia el sagrario donde yo la esperaba nervioso. La música ejecutada con maestría estremecía los sentidos, dejando escapar notas que se alborozaban en los antiguos vitrales de motivos religiosos. Toda la pantomima se complementaba con ella escoltada por dos pequeños ataviados galanamente. Cuando hubo avanzado la mitad del trayecto que la separaba de mí, se escuchó al unísono un prolongado aplauso y en el semblante de los asistentes se esbozaba una sonrisa de complacencia, mientras la novia continuaba avanzando elevada sobre una nube adornada con pétalos de rosas.

Finalmente, el octogenario sacerdote de blanca caballera, ojos saltones y voz recia dio inicio a la ceremonia; los presentes se pusieron de pie y este

moderador litúrgico designado por la iglesia, procedió a dar la bienvenida a los novios como a todos los asistentes. Indicando seguido la posición adecuada en la cual debíamos disponernos, expresando a posteriori:

–Habéis venido esta tarde hermanos a esta la sagrada casa de Dios, para que él en su infinita bondad bendiga vuestro pacto de amor, ante su pueblo aquí congregado, presidido por este su humilde ministro–y continuó.

–Vosotros que un día fuisteis consagrados en el sagrado sacramento del bautismo, hoy participáis de este nuevo misterio que con la sangre de Cristo, bendice este amor que os enriquecerá fortaleciéndoos, para que os apoyéis y amparéis en la fidelidad, en la enfermedad, en la riqueza y la pobreza–

Por tanto en esta asamblea convocada hoy os pregunto:

– ¿Venís a contraer sagrado matrimonio con voluntad propia, sin coacción ninguna, de forma libre, plenamente voluntaria?–

Todas las dudas que pude albergar mi cabeza hasta ese instante, las cuales creía haber desterrado, emergieron hendiendo mis palabras, no obstante, manifesté al mismo tiempo que lo hacia la novia:

–Sí, hemos venido libremente–

El sacerdote preguntó una vez más:

– ¿Estáis dispuestos a amaros y respetaros toda la vida? Como también ¿Estáis plenamente preparados para recibir a Dios, en el entrañable hogar que desde hoy formareis? –

–Si estamos decididos–

– ¿Estáis preparados para formar amorosamente a vuestros hijos, educándolos en las sagradas enseñanzas y la ley de Cristo? –

–Si lo estamos.

Finalmente, dirigiéndose a los invitados auscultó:

–Si alguien tiene alguna razón de objeción o sabe de algún motivo por el cual esta sagrada unión no deba ser convenida, debe hablar ahora o callar para siempre...

De pronto cuando la calma y el sosiego parecían advertir el esplendor de la ceremonia, una exclamación venida desde el umbral de la parroquia causó sobresalto en todos.

– ¡Yo me opongo!–

La inusitada objeción brotaba de la garganta del más insospechado forastero, se trataba de Diana, quien se acercó hacia el altar ante la mirada abrumada de los presentes y estando ante nosotros inquirió:

– ¿Realmente te casas con ella? ¿Es esta la mujer con la que me traicionaste?

La protocolaria música se detuvo al instante, entonces el silencio embargó el ambiente, escuchándose tan solo las palabras del colérico pasado que retornaba.

– ¿Me dejas para unirte a esta ramera, con la convicción de que el hijo que espera es tuyo? –

– ¡Eres un idiota!... ¿ni siquiera alcanzas a vislumbrar que el bastardo que habita en sus entrañas es de otro? –

Con enojo quise impedir que prosiguiera con sus alienados señuelos, pero sus bramidos impedían

cualquier contestación; deliberadamente prosiguió con un asunto aún mas descabellado.

–Acaso no entiendes que has quedado atrapado en las patrañas de esta mujer, fraguadas con tu querido amigo Román, quien es el verdadero padre–

Fue suficiente para mí, sintiendo como nunca verdadero desprecio hacia ella; la tomé por el brazo con el propósito de apartarla, proscribirla para siempre de mi vida, entendiendo que a pesar de mis errores su conducta se declaraba la más vil de todas.

– ¡Lárgate de aquí, no tienes ningún derecho! –demandé.

En ese momento Carolina, se desplomó, tornándose todo en un enorme caos.

– ¡Ya vete!–ordené. Mientras socorría a la mujer que consideraba me había devuelto la vida.

–No tienes ningún derecho a cuestionarme, no olvides que tú también me engañaste, que lentamente apagaste la llama de mi corazón con tu indiferencia; ve a cuidar de nuestro hijo, es lo único valioso que hubo entre nosotros– y proseguí–además, escúchame me dejaras verlo o recibirás una notificación por secuestro–

Decirle todo eso me causó un profundo dolor, sintiéndome inicuo al saber que yo era el gran causante de sus desdichas; empero, sentía que debía proteger a Carolina, evitando prolongar mi lista de victimas.

– ¡Vete ya…déjame ser feliz por primera vez!–concluí– a punto de brotar en llanto. Sin embargo, seguía amándola, mi corazón lo gritó desde lo hondo

de mi pecho; lo deduje al verla correr hacia la salida, mientras una fuerte ventisca cerraba las puertas de la iglesia de un solo golpe. Sentí el impulso de correr tras ella, pero el juicio me detuvo cayendo vencido sobre el altar, sosteniendo a Carolina, en mis brazos, quien iniciaba a despertar. La algarabía en el templo era total.

Producto de la ansiedad, tal vez de la mezcla de narcóticos, del alcohol de la noche anterior o que sé; una cascada de imágenes en retrospectiva desbordaron en mi cabeza, abalanzándose con brío. Recreando lo vivido con Diana y Carolina, fundiéndose en una como si de la misma persona se tratara, empujándome hacia la avenida donde esta vez, caminábamos tomados de la mano siendo sorpresivamente asaltados por unos maleantes.

No podía ser verdad, el hombre herido de muerte tendido sobre la fría acera era yo ¿Seria posible? De alguna forma lo que había vivido ¿era una quimera ocasionada en la agonía previa a mi deceso? ¿Como?

Dejé caer mis parpados, respiré profundamente escudriñando la calma dentro de mi ser, debía ser una pesadilla solo eso, un mal sueño; al abrir los ojos todo estaría bien. El temor que albergaba era el causante de aquella alucinación, aquel infeliz no era yo, como tampoco era mi crimen ¿debía entregarme a las autoridades? ¿Confesar algún delito? ¡Categóricamente no!, Carolina, esperaba un hijo mío, mi regalo para ella seria mi cordura, de lo contrario mis pasos me conducirían al cadalso, a un inevitable suicidio. Sabia que residía en mi mente el valor para

seguir, ¿era así? O ¿el coraje que requería pasaba por confesarlo todo?

Superado el impase, con toda la inapetencia, extrañeza y demás cuestiones que había suscitado; en conclusión la boda fue cumplida con la bendición final del sacerdote. Los invitados se aligeraron a dejar sus bancas para salir formando una calle de honor que atravesaríamos; notoriamente mi mente era asaltada con reflexiones completamente ajenas a lo que allí acontecía. Pero advirtiendo sin paráfrasis alguna que había elegido una ruta del bifurcado destino, que era esa y en toda mi indecisión debería respetarla, continúe invariable en aquella decisión.

Concluida la algarabía, cuando la mayoría se disponían a encaminarse rumbo a la celebración; con el coche que nos llevaría a nuestro destino aguardando sobre la acera, me excusé con Carolina, para sentarme un momento. Me sentía aturdido, desorientado, bombardeado satíricamente por memorias felices junto a Diana, en lugar de iniciar a crear un nuevo álbum afectivo con mi esposa, quien aguardaba a mi lado.

La brisa cálida acariciando mi rostro conmemoraba sus suaves caricias, mis sentidos se malgastaban en su imagen, su aroma, todo su ser como una escultura tallada por la genialidad de un artista, moldeada con gracia en cada milímetro de su cuerpo; sus rizados cabellos, sus ojos melancólicos, sus dientes níveos, su tono de piel afín al mas pulcro y suave de los atardeceres. Ella conseguía detenerme en el tiempo, bella, glamorosa; de pronto el eco fulminante de sus palabras minutos antes revolvió mi

juicio, sentí cólera por sus palabras al pensar que la mujer parada junto a mi realmente me engañaba ¿De donde podía haber sacado Diana, semejante disparate? Más un asunto generaba recelo ¿Por qué Román, mi gran amigo ni siquiera había asistido a mi boda?

Como un golpe contra el concreto la desconfianza me sacudió ¿había perdido al gran amor de mi vida, por alguien que esperaba un hijo de otro? Me incorporé con avidez de obtener una refutación que disipara cualquier sospecha, y tomando a Carolina, con ímpetu exigí la verdad… una que resarciera mi dignidad.

– ¡Dímelo… júrame que es mentira lo que ha dicho Diana!–

MEMORIAS SURREALISTAS

Un oscuro telón se desplegó ante mis ojos, como el final de una obra de teatro pasado el agradecimiento y el saludo; entonces desde el fondo fuliginoso de aquel bastidor silbó el fragoso repiqueteo de… ¿un despertador?, que me arrastró a un espacio imprevisto, fundiéndome al momento en un recóndito ensueño del cual otro estrépito me arrancó alarmado. En efecto al girar pude observar la ruidosa campanilla de un despertador, de inmediato viré ciento ochenta grados el cuello hacia el lado opuesto, para quedar con el mentón desencajado ante la visión que se descotaba: a mi costado descansaba

plácidamente Diana, – ¿Qué…? ¿Pero es imposible? –pensé.

Sobrepasado el desconcierto, una sonrisa matizó de a poco el semblante azorado de este pobre mortal.

–Todo fue un sueño… jajajaja–no pude contener la risa- Wow…resultó tan real…es increíble – volví a reír, mientras sacudía la cabeza en señal de incredulidad.

Besé la cálida frente de mi esposa, la de siempre, la misma que conocía hace años, saliendo al instante de la cama y abreviándome hacia la ducha. En esta ocasión todo parecía incuestionable, manifiesto…real; a diferencia de los nebulosos escenarios de antes. Si esta vez era cierto lo que mis sentidos apreciaban, manifiestamente debía apresurarme en dirigirme al trabajo.

Después de refrescarme en la más placentera sensación que me ofrecía el agua cálida de la regadera, avancé hacia el cuarto donde Diana, todavía dormía. Me calcé un pantalón y camisa que pulcros aguardaban en el closet, seguido tomé la chaqueta enganchada en el perchero, deslizándose mi mano al interior de uno de los bolsillos; descubriendo en uno de ellos un papel rugoso, el cual extraje con suavidad. Se trataba de un pequeño sobre de manila doblado a la mitad sin sellar, con desconfianza lo entreabrí para inspeccionar su contenido, revelando en su interior lo que parecían ser unas fotografías; las extraje con las manos temblorosas, sin saber cual seria el contenido de aquellas imágenes, palideciendo al observar la primera de ellas; las otras cinco contenían lo mismo: el

retrato de Carolina, la mujer con la creía haber soñado quien aparecía en estas abrazada a un hombre, apostada tiernamente en su regazo, en otra besándole. Más desconcertante surgió la estampa del sujeto, alguien bien conocido, se trataba de Román.

En el fondo del bolsillo opuesto de la chaqueta tenté lo que parecía ser la delgada hoja de un afiliado cuchillo, pero me contuve de extraerlo y dando una mirada a Diana, pensé despertarla. Empero, opté bajar la escaleras con la disonancia de estar o no en otra de mis pesadillas, abrí la puerta que daba a la calle que lucia íntegramente habitual como la recordaba, inspeccioné cada forma que se delineaba sobre aquel tendido asfaltico, automóviles, comercios, transeúntes; arriba las nubes adornado un firmamento cerúleo, abajo…en un momento mi indagación se detuvo bruscamente, pues sobre la acera contigua cruzaba Carolina, tomada de la mano de Román, departiendo y sonriendo afectuosamente.

Con las manos ocultas en los bolsillos me aproximé lentamente, hasta quedar frente a ellos con la axiomática intención de aclarar el asunto; saber si realmente los conocía o era simplemente un juego más de mi mente. El torrente sanguíneo avanzaba con fiereza por mis venas atizando las palpitaciones de mi corazón, mientras ellos expresaban su afecto. Al notar mi presencia, Carolina, frenó a un par de metros de mi ubicación, mirándome fijamente sin musitar palabra.

– ¡Carolina…Román! ¿Que hacen?– cuestioné– ¿Qué ocurre? No logro entender ¿Qué demonios es todo esto?–dije y continué acercándome.

Román, vino hacia mí, evidentemente se trataba de él, no de un galimatías visual.

–Tranquilízate, ven y hablemos–dijo.

– ¡Que me tranquilice! ¿A que te refieres? ¿Acaso es cierto lo que me reveló Diana?

– ¿De que hablas?–preguntó.

–Tú…ella, ya lo sé, ustedes dos…–las ideas me venían tan confusas que no lograba aducir un argumento, hasta finalmente detonar.

– ¡Eres una ramera!– grité a Carolina, resguardada tras Román–siguiendo con la agitación de mis emociones al limite–acaso me vieron la cara de estúpido ¿que maldita burla es esta?

Una corriente de adrenalina me recorría el tórax, el corazón latía con furia, en tanto que un frio estremecedor me agarrotaba los músculos y me invadía la imagen de Román, tendido sobre la acera como un remedo de la tarde aciaga cuando conocí a Diana.

– ¡Por Dios amigo, déjame explicarte!– dijo él.

No se me antojaba escucharlo, sus palabras simplemente corroboraban mis sospechas; mis emociones se cruzaban veloces, como boomerangs que regresaban impactando mi cabeza, fundiéndose en la enajenación.

Sobrevino entonces la mutación de aquel éxtasis en agotamiento, desilusión, frustración, dolor, el mas profundo de todos; mas la locura no requiere de puentes para cruzar hacia otros estadios y no tardé en comprobar que también esa iconografía era ficticia, pues como una vieja cita rebobinándose el entorno se modificó completamente, al igual que en una película.

En esta ocasión el escenario me ubicaba en un cuarto lóbrego, en el cual aguardaba sentado sobre una silla en la mas insondable oscuridad; irrumpida por la luz que se coló cuando la puerta fue abruptamente abierta, permitiendo ingresar la silueta de dos hombres que pronto estuvieron ante mi. El arrobamiento se tornó en angustia de alaridos que dejaba escapar al ser asido violentamente y a empellones conducido a otra habitación; estando allí precisaron mis captores sentarme frente un sujeto de refinado aspecto; considerable estatura; cabello rojizo; cejas pobladas; mirada profunda y voz recia acompañada de un inusual acento, quien por algún ignoto motivo me resultaba familiar, mas no podía recordar donde le habría visto. El cual inició a hablar de inmediato.

–Señor Krause…señor Krause ¿Qué haremos con usted? ¿Sabe donde se encuentra?

– ¡Claro que no! – Respondí alarmado– ¿Quiénes son ustedes?

–Ya…entiendo–prosiguió él–permítame refrescar su memoria, verá… este es un centro de reclusión psiquiátrico.

– ¡Que demonios…de que habla!–interrumpí– ¿Por qué me llama señor Krause?

–Debe escucharme señor Krause, como le decía este es un centro para enfermos mentales, usted es uno de nuestros pacientes. El origen de su confinamiento aquí es una medida cautelar, proferida desde la magnánima comisión de derecho internacional. Esto en razón a una sentencia proferida en su contra, concerniente a crímenes de guerra ocurridos en el año 1941, en la ciudad de Hamburgo, Alemania–

–Jajajaja…–reí sarcásticamente– ¿Qué clase de broma absurda es esta? –continué intentando incorporarme, pero el sujeto continuaba sin esbozar una mínima sonrisa que certificara mi deducción, y sus esbirros continuaban empujándome con fuerza contra la silla.

– ¡Eso no puede ser!–exclamé–déjenme salir de este lugar ¿que es lo que quieren?

Sin atender mi exhortación, él continuó encendiendo una lámpara ubicada sobre mi cabeza, que inundaba con claridad el recinto.

–Debe entender lo que digo señor Krause, ¡escuche! –prosiguió incorporándose de su sillón– usted cuenta ahora con setenta y ocho años de edad; actualmente nos encontramos en la provincia de Córdoba, Argentina; no obstante, autoridades internacionales quienes siguen su pista adelantan los respectivos trámites para su extradición–

–Esto no tiene ninguna lógica–observé–hace un momento me encontraba en casa…no sé lo que pasa, no lo sé.

–Señor, usted tendrá que viajar a Europa, para rendir indagatoria; el mundo entero aguarda su testimonio, las familias de las victimas deben conocer la verdad–

De mis absurdas alucinaciones esta se develaba como la peor de todas, entretanto, el sujeto proseguía con sus pesquisas; de modo que busqué en el fondo de mí ser los restos de un albor, de una esperanza que me reintegrara a la realidad.

–Escuche–dije–antes de aparecer aquí hablé con Román, él se encontraba con Carolina… Diana, mi esposa quedó en casa ¿sabe usted algo de ellos?–

–Mire amigo, las personas que usted refiere ya antes las ha mencionado, durante el prolongado aislamiento que ha franqueado en este lugar. Por tanto, hemos concluido categóricamente, que son el distorsionado recuerdo de vivencias pasadas. A la fecha usted solo nos ha expuesto incoherencias nacidas de su deterioro mental. Ahora señor Krause, lo exhorto a decir la verdad ¡por Dios, debe darnos algo que tenga validez!–

– ¿Esto es cierto? ¿Puede estar ocurriendo? No…no…es solo un sueño, una descabellada quimera–murmuré–el dolor que le cause a Diana, me ha empujado a una patraña delirante; debo recordar quien soy sin calcular cuanto me aterre esa sentencia–

El impacto de una bofetada chocando contra mi rostro arrolló mis reflexiones, pero con fragor cataléptico proseguí, mordisqueando las uñas de mis manos.

–Mis recuerdos son confusos, me invaden en una realidad paralela…–

Anunciado, un nuevo golpe me obligó a despabilar.

– ¡Señor Krause!–deje de divagar de una buena vez–exigió el hombre agarrándome con fuerza por el mentón– entrégueme la información que estoy buscando, tal vez de esa forma pueda disfrutar los pocos años que le queden–

Presa del pánico me incorporé de un solo golpe del asiento, impulsando mi cuerpo hacia atrás, logrando esquivar los guardas que intentaban detenerme.

– ¡Krause, cálmese!–dijo uno de ellos intentando agarrarme por el cuello, mientras el otro y el hombre refinado me rodeaban. Empuñé con fuerza las manos dispuesto a lanzarme a golpes contra ellos, solo entonces pude ver los hechos que daban veracidad a buena parte de su historia; en mis brazos se revelaba el paso de los años, de muchos otoños transcurridos. Mi cuerpo lucia débil, desgastado, magullado; era sin duda la fisonomía de un agotado anciano.

–Señor Krause…señor Krause…–se hizo lejana la voz, y su disyunción la tornaba familiar a medida que se hacia tenue; era un tono conocido, apacible, sosegado. Caí de rodillas cubriéndome el rostro hasta rozar la propia tierra que sostenía mi ser. Entonces mi remembranza se tapizó de recuerdos del bar, ese mismo que frecuentaba varias noches a la semana, pero ahora enlucía desigual. Veía mi propia imagen dejándolo atrás, encontrando rayano a la puerta un mancebo vendedor de calle que extendía su mano, invitándome un cigarro, y su rostro era idéntico al de mi pequeño Juan Felipe.

Luego tras de mi apareció Carolina, hablándome de un contacto en la ciudad de Sicilia, con quien debería reunirme a la mayor brevedad; todo esto acontecía como una película yendo en reversa. La lluvia había sido intensa esa noche, dejé el bar y avanzando algunos metros accidentalmente tropecé con una dama cuya silueta se fundía con el ámbar de la noche, de quien no logré ver su rostro. Posteriormente, llegué al hotel en el cual me hospedaba tumbándome sobre la cama para

descansar. Esa noche soñé con los cuerpos cercenados de múltiples victimas, con la silueta de la dama cuyo rostro no vi, soñé con Diana, también con aquel joven tendido sobre la acera de aquella avenida.

Me retorcí con ansiedad sobre el lecho, con mis pensamientos anunciando que se trataba de un sueño, una pesadilla que sobrevenía producto de la culpa, del arrepentimiento; un delirio en el que los demonios de mi desgastada moral habitaban a su antojo, juzgándome despreciable, y el ensueño revelaba que pronto Dios, me arrebataría la vida, a menos que algún mortal se le adelantara. Supe que mis fantasías eran una entelequia incrustada dentro de otra, en una sucesión irracional de imágenes. Jamás había calculado el riesgo de una vida tan miserable, del poco amor que había brindado; mis alucinaciones eran la medida de mi arrepentimiento. Necesitaba despertar y desde el bajío de mi subconsciente decreté salir de aquel limbo que me subyugaba. Finalmente, logré despertar sobresaltado, aullando, sollozando perdón, ensayando limpiar mí alma; claramente nadie me escuchaba. Me encontraba solo en una sucia habitación de hotel, sentado al borde de una oxidada cama metálica con las sienes hechas mendrugos, escozor en los ojos, nauseas a la par de un terrible escalofrió recorriéndome el cuerpo.

Esta vez opté valer la voluntad en mis recuerdos, había tenido una vida y quería rememorar como había sido esta; saber si en ella residía el origen de mis desvaríos. Así fluyeron ligeros los perfiles de una atormentada niñez, de una amorosa e indefensa madre y del abusador que me había preñado en su

vientre brindándome la existencia, maltratos, golpes, ultrajes; mas de lo mismo cada día hasta que el agotamiento le venciera.

Una noche cuando el invierno se distanciaba, se había despedido mi madre con su habitual beso de buenas noches; dejándome acostado sobre la humilde litera, para luego avanzar a hurtadillas hacia el salón principal donde aguardaba mi padre, quien sin mediar discusión, ni altercado, ni razón; tomó a la frágil mujer lanzándola con violencia contra la mesa de comedor, para luego asestar un seco golpe sobre su rostro; esto sin advertir mi presencia sobre el tabique de la puerta, habiéndome despertado ante tal algarabía, por su parte ella vulnerable le suplicaba detenerse.

Fue entonces cuando el odio invadió mi corazón de niño, y conociendo del lugar secreto donde reposaba el arma de mi vil progenitor, corrí en su búsqueda procurando el mayor silencio para no ser descubierto; entonces, el infausto castigo fue interrumpido por el sonido ensordecedor de un ¡bang…! Que pateó la noche. Para mi fortuna el disparo selló su mortal carrera sobre una columna de concreto; tal estremecimiento contuvo al abusivo de inmediato, quien palidecido giró para verme, lo demás resulta fácil deducirlo: la mañana siguiente con el cuerpo magullado, los ojos hinchados y moretones por doquier abandoné el hogar ante la mirada consternada de mamá, quien favoreció existir en aquel infierno soslayando su instinto de madre, de protección, de calor a su hijo.

Desde aquel día no supe más de ella, recorriendo a partir de ese momento el camino de mi

propio martirio; quizás le salvé la vida transfigurándome de paso en esto que soy ahora, ese algo que debe terminar. Recordando aquel capitulo de mi infancia, entendí que allí podía alojarse el germen de mis desvaríos ¿Cómo alguien podía vivir de esa manera? y aún, conservar su sano juicio, amores, ilusiones y promesas; más resultaba innegable que muchos traspasaban caminos claramente más espinosos, y no por ello hacían mal a nadie.

Me incorporé de las mugrosas sabanas para ir en búsqueda del lavabo, al enjugar mi rostro, me encontré con la imagen reflejada en el espejo de un fardo de miserias, un saco de huesos, un cuerpo desvencijado atesorando una mente enferma. Sentí un intenso miedo apoderándose de mí… atormentándome; como salvaguardia probé halagar mis evocaciones, con el repaso de las admirables historias doradas de héroes y doncellas, que solía leerme mi madre en épocas mejores. No quería ser un villano, sino uno de esos personajes fantásticos, sabiendo que toda moneda tiene dos caras y por ser opuestas una siempre luce disímil de la otra.

Abandoné el cuarto de baño y al sentarme sobre un sillón junto a la cama, mi mirada tropezó con una maleta de viaje reclinada sobre la mesa de noche; se trataba de la valija que solía usar al salir por asuntos de trabajo, después de todo la realidad parecía tomar forma. Atrás quedaban los sueños y el efecto de los barbitúricos, abriendo espacio a reflexiones lucidas; una de ellas indicaba que debía dejar aquel viejo hotel de inmediato. Mi cabeza se sentía como una enorme coctelera donde todo se mezclaba, a punto de estallar.

Debía salir y enfrentar la calle que se desplegaba sobre su abrigo gris, discernir lo real de lo irreal. Román, Carolina… Diana ¿Dónde demonios estaba ella ahora?

Luego de darme una ducha me vestí, tomé la valija y salí del lugar para dirigirme a casa; mi automóvil visiblemente deteriorado, pero reconocible aguardaba afuera sobre el dintel. Reconocí la ciudad, sus calles, sus formas; subí al coche lo encendí y aceleré rumbo a mi hogar. Convine encaminarme el norte al advertir estar en la zona opuesta, la de bares, expendios y prostíbulos; debí tardar unos cuarenta minutos en atravesar la mustia urbe con la resaca como compañera.

Al llegar dejé el auto aparcado en la acera, descendí, y salvado el obstáculo del recibidor subí la escaleras que conducían al apartamento, me aproximé a este con temor de lo que pudiera hallar en su interior e introduje la llave girando el pestillo, al abrir la puerta, inesperadamente, tropecé con la figura de un pequeño niño quien viniendo hacia mi con el semblante alborozado gritaba –papá…papá–

Un minuto después emergió Diana, de la cocina, quien viendo mi confusión se acercó dándome un beso, y con una sonrisa delineada dijo ¿Qué ocurre amor? ¿Acaso no reconoces a tu hijo? Luego acarició mi rostro con sus manos, preguntando:

– ¿Ocurre algo? No te ves bien ¿Quieres que llame al médico?

–No descuida, solo tomaré asiento un segundo–respondí avanzando hacia el sofá, mientras el pequeño me abrazaba con afecto.

–Tranquilízate…tranquilízate–susurraba mi mente intentando dilucidar cuanto de mi memoria era cierto. Si me encontraba en aquel inusitado escenario, deduje que factiblemente Carolina, no existía o quizás Diana, no sabía nada de su embarazo, y seguramente no me iba a casar con ella como tampoco…mis conjeturas se quedaban cortas. Necesitaba aclarar aquel galimatías, reencontrarme conmigo, dejar de actuar como un orate, establecer un orden en aquel caos.

MUERTES, NACIMIENTOS, SOSPECHAS Y DESVENTURAS

Pasaron algunos días y la vida familiar en compañía de Diana, y Juan Felipe, parecía transcurrir con la mayor naturalidad. Pasaba horas en el estudio disfrutando el desahogo de una licencia medica, que me alejaba unos días de mi trabajo; pero a pesar de aquella aparente normalidad la duda formaba parte de mi existir. La intranquilidad de llevar un crimen irresuelto a mis espaldas, concluyendo que de ser así, ya era tarde para reconocerlo, de tal modo que aquel secreto moriría conmigo. Mas el tiempo junto a Diana y aquel pequeño quien con el correr de los días me venia desconocido, incluso, podía jurar no era en absoluto Juan Felipe, cuando menos no el que yo recordaba; se vestía de desencanto. En conclusión ese tiempo a su lado dejó correr el velo de una tremenda decepción, dándome cuenta que estar en ese lugar no

me hacia feliz, al contrario cada vez mas los sentía lejanos, ajenos; invadido por el constante ansiar la presencia de Carolina, quizá una ilusión existente solo en mis anhelos, con todo, un par de semanas resultaron suficiente suplicio para precisar ir en su búsqueda.

Ordené algunos documentos, escritos, lecturas; que disponía sobre el escritorio, y me dispuse a demostrar que la otra cara de mis recuerdos también era verdadera, en ese instante ingresó Diana, avanzó unos pasos quedando frente a mí y a continuación preguntó.

– ¿Qué ocurre? ¿Por qué eres tan distante? No logro entender tu indiferencia hacia nosotros, somos tú familia–.

Hubiese querido responder a su inquietud, mas no tenía palabras que describieran mis sentimientos; como un autómata me incorporé y acercándome le di un beso en la mejilla, luego dejé el salón ante su mirada sorprendida.

No había probado ningún tipo de alucinógeno o alcohol en días ¿acaso mi estado ansioso podía ser producto de ello? Deduje, con la avidez de tomar cuando menos una copa; en el camino pensé en tantas historias inadmisibles carentes de lineamiento, ensayando inferir cual era su causa. Repentinamente fragmentos de ellas llegaban hasta mi, algo relacionado con una lectura sobre la historia de Europa, la segunda guerra mundial, la Alemania nazi, – ahí entendí –que había leído esas líneas en alguna parte para luego integrarlas como parte de mi realidad; de esa lectura debía provenir la alucinación

sobre el hombre refinado y sus secuaces, a la que probablemente mi mente pretendía dar valía, ensayando el hacerme olvidar un asunto tan oscuro que prefería confundirme. La pregunta era como llegar hasta los confines del laberinto de mis pensamientos, en procura de la verdad ¿Dónde buscar ayuda?

Quise reunir valor antes de visitar la dirección que creía correspondía a la vivienda de Carolina, de modo que decidí visitar antes el bar. Como siempre pude hallar copas, minutos, risas, cuerpos; que finalmente, me extraviaron en el rincón habitual de mis desenfrenos. Solitario abandoné aquel sitio; los minutos habían sobrepasado ya la medianoche, caminé un par de cuadras hasta ser detenido por un uniformado, eso creí, pues la mezcla de alcohol y drogas traveseó su juego, haciéndome entrever en el oficial, a un emisario cuyo objetivo era llevarme con Carolina. No obstante, se esclareció era yo quien le había citado en el bar esa noche, además, no era un policía sino un hombre común quien me entregó un papel con anotaciones, a lo cual correspondí con unos billetes.

Luego abordé un taxi solicitando me llevara a la dirección de Carolina, al llegar oprimí el timbre, la puerta se abrió un minuto después, y ahí estaba ella tan sensual como siempre, radiante, bella; me abrazó como si nos hubiésemos visto el día anterior. Un beso apasionado corroboró que no existía diferencia ni alejamiento entre nosotros.

–Sigue por favor–me invitó–siéntate, voy a prepararte algo.

Al momento apareció con una bandeja, pasabocas y dos copas de vino.

–Pensé que ya no vendrías–dijo.

Un impulso me hizo querer abrazarla, entenderla como la barca que me llevaría hacia la costa de la cordura; en un arrojo de emotividad la besé y con firmeza tomándola de las manos, dejé brotar las palabras que pretendían sellar una promesa –¿Te casarías conmigo?–

Entonces su mirada se exageró… ¿A que te refieres? – Dijo –sabes que es imposible, aun si quisiera.

–Claro que podemos, sabes que no me he sentido bien últimamente, pero tengo la certidumbre que a tu lado todo podría mejorar, hablaré con Diana, ella tendrá que entenderlo–insistí–

Continuó mirándome con semblante atónito, entreabriendo sus grandes ojos oscuros adornados con finas y largas cejas, su cándido rostro palideció y finalmente dijo:

–Sabes que te amo, pero estoy segura que la solución a tus extravíos mentales no es escapar de la realidad; tendrás todo mi apoyo en tu proceso de recuperación, mas debo decirte que la salida no la hallaras en tus arranques impulsivos. Debemos acertar la causa de tus lagunas y vivencias fingidas, sé de alguien que puede ayudarnos–

Consumada su ilustración el horror brotó intempestivo, pues dicho esto Carolina, se desvaneció en un síncope sorpresivo; logré contenerla antes que se desplomara sobre el suelo, mientras su nacáreo rostro simulaba el mas blanco trozo de papel, y de sus

entrañas brotaban borbotones de sangre. Grité aterrado una y otra vez nooooo…nooooo…, un alarido de conmoción tan fuerte que estremecía mis oídos; entretanto, sostenía el cuerpo gélido en mis brazos. La tendí suavemente sobre el sofá corriendo en busca de auxilio, e ipso facto se escuchó el sonido fragoso de una sirena. Minutos más tarde ya era atendida por el personal médico en la clínica; transcurrida una larga espera el dictamen no pudo ser más aterrador: Carolina, había perdido el hijo que llevaba en sus entrañas, además, ella había perdido la vida.

– ¡No puede ser doctor!– hace solo un instante… no entiendo nada ¿Cómo paso esto? –expresé al medico portador de la terrible noticia.

– ¿Sabe algo? –Dijo él–En el tiempo que llevo ejerciendo mi labor, jamás había visto un caso como este en una gestante… dígame ¿Qué ocurrió? –

–No lo sé doctor yo simplemente conversaba con ella, esto no tiene ningún sentido, se trata tan solo de otra pesadilla.

– ¿De que habla Señor? esta mujer llegó prácticamente sin signos vitales, con algunas contusiones, además, el feto había sido prácticamente expulsado de su cuerpo–objetó el galeno, quien evidentemente descargaba sus sospechas sobre mí. Más en ese justo momento cuando me disponía a salvaguardar mi inocencia, arribó a la sala de emergencias un herido al parecer de gravedad y el profesional presto se dispuso a prestar la correspondiente asistencia, dejándome solo.

Derrotado me senté con el agotamiento y la tristeza que me embargaba, en una silla de la sala de

espera; a pesar de la agitación en la clínica, en mi presidía el silencio de un mundo gris, en el cual solo había cabida para los gritos de dolor de Carolina, maldiciendo el insondable dolor quemando su vientre. Una corriente de gélido aire liberaba un hálito corrosivo trepando hacia mi nariz, era la sangre impregnada en mi ropaje dilapidándose junto con la vida que había escapado.

–Señor es una verdadera pena, siento mucho su perdida–expresó compasiva una enfermera al cruzar junto a mi. Simplemente asentí con la cabeza, consultando si podría verla.

–No es posible en este momento–afirmó…seguido dijo- sin embargo, esperé… veré que puedo hacer–

Sentí una punzante nausea recorriendo mi esófago como hiel buscando una salida; me retorcía sobre el asiento del recinto hospitalario, con la congoja abriéndome el pecho hasta la saturación. Sin tolerar esa cruz ni esperar autorización, salí corriendo del lugar y sobre el sardinel de la entrada, evacué el contenido de mis vísceras en un borbotear que se desbandaba por mi boca. La luz del día me brindó cobijo y corrí; corrí lo más lejos que pude, impregnado del nauseabundo olor que expelía mi ropa, mi piel; con la muerte avanzando tras de mi acusándome con su sonrisa burlona, mientras Carolina, y mi hijo se iban de la mano con ella.

Varias cuadras después me senté sobre el dintel de una avenida y ahí tendido lloré amargamente el salobre líquido, que se juntaba en la comisura de mis labios como la más amarga bilis. Así

estuve largo rato, luego me incorporé entrelazando callejones, hasta regresar al apartamento con el desfile de alucinaciones agobiando mi juicio. Al llegar aullé como un extraviado mil veces Diana…nadie, absolutamente nadie respondió; subí las escaleras hasta la habitación, luego me senté en el borde de la cama frente al televisor, la negra pantalla reflejaba mi imagen y múltiples voces se agolpaban dentro de mi cerebro, inflando las venas cuyo agitado torrente quería fluir libre, cada vez mas abultadas; hasta que ¡Pum…! Mi cabeza estalló en cientos de fragmentos que aterrizaron en las paredes del blanco cuarto.

Los demonios me vencían con estas ilusiones, el miedo me apresaba sin lograr atinar ¿quien era realmente?, aquel pequeño que escapara de casa una mañana, el abominable señor Krause, el mismo Juan Felipe, o acaso Román.

¿Quién o que era yo?

Con la mirada recorrí aquella habitación en busca de un vestigio de felicidad, de algo real; entonces hallé un portarretratos cuya foto mostraba una hermosa playa, engalanada con un sol rojizo sobre un mar naranja, sosegado entre dos purpúreas montañas, allí estaba yo, con un añejo semblante sonriente dejado de lado después de tanto dolor. Si…era un recuerdo, pero este llegaba oportuno, quería apreciarlo real, brindando un descanso a mi mente; tomar una bocanada de aire inmerso en esa solitaria playa, donde la espuma del mar sanaba mis heridas e indulgente el viento me acariciaba en su cálido abrazo; brindando sosiego a mi atormentada alma. Súbitamente, una silueta se dibujó sobre el piso,

al instante unas formas femeninas me sobrepasaron tomando en sus manos la fotografía, luego giró para observarme… era Carolina, estaba viva. Y a mis espaldas sobre la cama el llanto de un niño llamó mi atención, no podía creer lo que veía; aquel pequeño se retorcía sobre una pequeña sabana blanca de algodón que lo protegía del frio.

–Es nuestro hijo–dijo aproximándose a él, haciendo a un lado la cubierta que vestía parte de su rostro.

Me puse de rodillas y abrazado a su cintura le dije:

–Te amo tanto–con palabras sofocadas en el llanto agazapado en mi garganta.

–Los amos a los dos–continué–ambos son mi bendición.

Carolina, me enseño la fotografía que aún portaba en su mano y enjugada en lágrimas exclamó:

–Este es nuestro paraíso ¿recuerdas? Te estaremos esperando–

Seguido tomó al pequeño iniciando a alejarse.

– ¿A donde vas?–pregunté cuando ella alcanzaba la puerta.

De repente su piel se congeló, como un blanquecino tempano de hielo glacial que se agrietaba; su semblante se irradió de dolor y tanto ella como la criatura bruscamente se deshicieron en un grotesco charco bermejo, totalmente pavoroso.

La sangre manaba como un riachuelo que pronto inundó el cuarto, mientras de las cuencas vacías de sus ojos brotaban gusanos, que emergían

para devorar los restos de piel que se adherían a los huesos.

El pavor resultaba indescriptible, quedé paralizado. Al instante escuché una risotada a mis espaldas, girando me encontré con Diana, quien se placía de la horrenda escena y farfullaba:

– ¡No volverás a verla idiota como tampoco a tu hijo! ¡Me arrebataste todo ahora también perderás lo más querido!

Entendí que se trataba de una alucinación, con todo, vociferé queriendo ahuyentarla.

– ¡Ya lárgate…lárgate…! –

Rápidamente el cuarto regresó a la normalidad. Escudriñé sobre el piso y este se encontraba perfectamente limpio, sin rastros de sangre, ni cuerpos que se ajaban sobre el; al igual que la perversa risa de Diana, todo se había esfumado.

Transcurrieron algunas tardes confinado en aquel espacio sin aliento de desafiar las sinuosidades de la calle, no obstante, una mañana decidí salir de casa; cruzar el umbral de mi purgatorio, dejando que las frescas gotas de la lluvia que precipitaban ese mediodía bañaran mi rostro.

Caminé solitario ante la mirada curiosa de quienes superaban en sus vehículos, los obstáculos de la calle; tres cuadras adelante la lluvia arreció. En lugar de buscar refugio decidí ir al cementerio del cual me separaba una cuadra más ¿por qué lo haría? con la fútil esperanza de encontrar la tumba de Carolina, cuyo cuerpo según mis recuerdos nunca había reclamado. Además, conociendo que allí eran sepultadas las victimas sin dolientes; aquellas que la

ciudad se encargaba de dar cristiano sepulcro ante la ausencia de parientes o benefactores. Aun cuando no era el caso de ella, de cualquier modo concluí que sus familiares no conocerían los acontecimientos y probablemente ese habría sido su final paradero.

Ya adentrado en el sombrío lugar me detuve frente a un marmóreo mausoleo, donde creí notar la figura de Carolina, sonriendo, que al instante se desvaneció rápidamente. Me aproximé para observar la lapida corroborando si el nombre inscrito correspondía al suyo; al acercarme a la tumba me arrodillé, estando ahí, sentí tras de mi el crujir de las hojas secas que el otoño arrebataba a los arboles, al observar me encontré con el rostro ajado de un vejete, probablemente el sepulturero o cuando menos eso deduje. Quien observó:

– Las desgracias parecen venir todas juntas–

Mientras acariciaba con una de sus manos el mentón y con la otra soportaba su peso en una vieja pala, que producto de la presión ejercida se hundía un poco en la húmeda tierra, como pretendiendo desenterrar el misterio que yacía bajo nuestros pies; la voz del hombre asemejaba provenir de ultratumba, honda, misteriosa; sus vencidos ojos color marrón, adornados con gruesas y desaliñadas cejas blancas generaban resquemor. Seguido extendió su mano temblorosa indicando el lugar de un panteón anticuado, protegido por cadenas oxidadas en una vieja puerta derruida, coronada con la figura de un ángel blandiendo una espada, amparado entre dos temibles gárgolas a sus costados. Diciendo:

– En ese lugar hallarás la solución a tus incógnitas–y continuó– ve… descubre lo que ocurre contigo –

Avancé al lugar señalado con pasos lentos colmados de nerviosismo, con el corazón agitado ante el enigma, en medio de la lluviosa tarde fría; pero resultaba más álgido el viento lúgubre que escapaba de la cripta para calarme los huesos. Pronto estuve frente a la vieja puerta, basto un ligero tirón para abrirla; al ingresar inscrito sobre un dintel de concreto se leía el mensaje:

–*"Hay golpes en la vida que son rumores del alma, los cuales traen un recuerdo consigo"* –

Continúe avanzando, desgarrando el fétido olor, restos de insectos y telarañas hacia el final de aquel pasillo en el cual aguardaba un sarcófago; desde donde tintinó una lejana tonada cargada de melancólica, saciada del rumor a tragedia que me había conducido hasta allí en procura de respuestas; ignorante del sigiloso destino, del corolario oculto tras su misterioso velo. Mi memoria se abocó de imágenes, manchas de sangre en mis manos, playas, rostros; todo en la grafía de imágenes confusas. ¿Quien dormitaría su sueño final en aquel tálamo de madera?

Lentamente lo abrí y una espeluznante visión corrió su velo, lo que hallé dentro de aquel ataúd fue mi propio cuerpo, el espanto hizo que abandonara despavorido el cementerio; corrí como un maniático, como un animal acosado por su depredador ¿Era yo un alma errante buscando sosiego? Ensayando acertar a mí asesino. El agotamiento me fulminó desplomándome en el suelo sobre la calle;

subsiguiente todo fue silencio y oscuridad. Al recobrar la conciencia desperté nuevamente en mi habitación como si hubiese transcurrido varios días; a mi lado una botella de vodka vacía y sobre mis sabanas los rastros oleaginosos de arcadas vomitivas. Me enderecé con el lastre del vencimiento a cuestas para dirigirme al baño, el reloj de pared apuntaba las diez menos cinco, ¿de que día? Me percaté que no tenía la menor idea mas le resté valor al asunto, y enjuagué mi rostro en el lavabo permitiendo que el liquido frió me revitalizara.

Bajé en dirección a la primera planta en busca de un poco de alimento; sobre el piso en el salón principal noté una mancha parduzca, la cual me recordó la visión de días atrás cuando veía a Carolina, hacerse pedazos. Encima del frigorífico encontré un trozo de pan viejo válido para recomponer mi vapuleado estomago; al regresar al salón en busca del sofá, la mancha que antes advirtiera ya no estaba.

¿Qué demonios sucedía? ¿Cuánto tiempo se prolongaría este desalmado juego en mi contra? ¿Cuánto había pasado desde la muerte de Carolina? Al no lograr hallar su tumba mi única opción era dirigirme a la clínica, con la excusa de reclamar sus pertenencias. De tal suerte que luego de asearme me decanté por esa opción, tomé las llaves del auto y salí. Media hora después estaba en la admisión del centro médico.

–Buenas tardes–saludé a la recepcionista –excúseme el venir a esta hora, soy el esposo de una paciente que falleció aquí hace algunos días y bueno…vengo a reclamar sus objetos personales–

–Claro con gusto, ya confirmo–observó–¿podría decirme el nombre de la paciente, la edad, cuando fue internada?

–Me toma de imprevisto su pregunta–fingí–usted entenderá con toda la conmoción que esto me ha generado, no recuerdo con exactitud el día–

Con indudable extrañeza me puso en la mira la joven, ante el incoherente pretexto.

–Entiendo…Me dice que la causa del deceso fue…?

–Verá Carolina, mi esposa, se encontraba en estado de gestación cuando sufrió una fuerte hemorragia perdiendo también a nuestro hijo–expliqué.

–Permítame un segundo revisaré en el ordenador–dijo ella.

–Carolina…Carolina…ummm…–susurraba la recepcionista atenta a la pantalla del aparato, perpetuando la tarea durante unos minutos, luego indicó–señor aquí no fue traída ni remitida ninguna paciente con las características que usted indica. ¿Está seguro que se trata de esta clínica?

En mi cabeza no cabía la menor duda de estar en el lugar indicado, así lo ratifiqué con vehemencia.

– Pero…señorita, se lo aseguro, yo mismo la traje aquí y luego de ser atendida murió.

–Lo siento señor– dijo observándome con incredulidad–he revisado un par de veces todos los reportes. Definitivamente no hay registro de una paciente con ese nombre ni un deceso con las características que usted indica.

– ¡No trate de engañarme! –Levanté la voz ofuscado– ¡No estoy loco! Le aseguró que Carolina, murió…murió aquí ¡Un médico joven la atendió!…su apellido…su apellido… ¡Álvarez, eso es Álvarez! él fue quien se encargó de ella, él mismo me dio la noticia de su deceso.

–Señor creo que está confundido, será mejor que guarde la compostura. Si lo desea puede sentarse un momento–

–Dios, mío ¡Llámelo!–insistí–el podrá corroborar lo que digo.

– ¡Señor le repito, usted esta equivocado! No tenemos ningún doctor con ese apellido. Debo pedirle que se retire.

– ¡Esta es la clínica, estoy seguro…es aquí!– Repetía mientras era escoltado por un guarda de seguridad hacia la salida.

Empezaba a tener la certeza de un complot en mi contra, con la convicción de haber llevado a Carolina, a ese lugar; sin entender la razón que tenia la clínica para ocultarme dicha información. En la certidumbre de mi conjetura, encendí el coche con la intención de visitar una vez mas el camposanto, donde ingresé con sigilo para no ser descubierto por el enigmático cava tumbas; recordando el aspecto de la cripta donde había visto antes el reflejo de Carolina. Pero al llegar ya no estaba el mausoleo y junto a un árbol que antes no vi, lo único que hallé fue una lapida sin nombre ¿Dónde estaba Carolina? ¿Acaso nunca había existido?, siendo esto ¿Cómo podía extrañarla?

Diana, de quien tampoco conocía su paradero podía ser mi única salida, decidí ir a casa de sus

padres con la esperanza de hallarla, pero antes ingresé a nuestro apartamento revisando minuciosamente cualquier pista que me condujera a ella. Finalmente, opté dar cumplimiento a mi plan original, si no estaba allí, al menos ellos podrían darme una pista para localizarla. Al llegar llamé insistentemente sin obtener respuesta; cuando me disponía a marchar se abrió la puerta dejando salir un niño de la vivienda, era Juan Felipe, pero sus gestos demostraban que yo le resultaba desconocido.

– ¡Hola hijo!–dije acercándome–

De inmediato él se alejó temeroso, preguntando– ¿quien es usted?–

–Hijo ¿acaso no me reconoces? Soy yo tu padre–

En ese instante apareció Diana, bajo el marco de puerta llamando al pequeño –Ven para acá Juan Felipe–luego mirándome inquirió –¿Qué quieres aquí?

– ¿Qué le has hecho a nuestro hijo? ¿Por qué me desconoce?

– ¿Tu hijo?–dijo ella sarcásticamente, riendo a carcajadas de la forma más cruel y burlona mientras regresaba al interior de la vivienda cerrando la puerta tras de si.

Intenté conservar la calma, y no perder los estribos; sin lograr ajustar las fichas de aquel rompecabezas que me consumía.

Entonces me acerqué una vez mas a la puerta golpeando un par de veces con desaliento, implorando una explicación…¡Diana…Diana!...

REGRESIONES DE MUNDOS INVISIBLES

Diana, ¿Por qué su cruel conducta? esa tarde no volvió a salir, y frustrado partí en busca del único lugar que siempre me esperaba.

Conduje hasta el bar y a medida que devoraba las rúas que me distanciaban de el, la ciudad se tornaba irreal con sus formas arquitectónicas desvaneciéndose ante mi mirada, como líneas de humo que se elevaban en busca del cielo, que se rompían al ser cruzadas; aparqué unos minutos, y cerré los ojos esperando paciente que los espejismos se diluyeran para continuar mi viaje.

De nuevo en el bar me senté frente a la barra como era habitual, poco después una mujer desconocida se aproximó portando un teléfono móvil el cual me alcanzó, mientras el barman indagaba si bebería lo mismo de siempre. Seguido recibí el teléfono que me era entregado, y al hacerlo caí en un profundo letargo.

Luego todo a mi alrededor se desvaneció, incluido yo mismo, como una sombra alargándose bajo el cobijo de la luz hasta hacerse tenue, hasta desaparecer. También la voz al otro lado de la línea se disipaba como un lejano eco; mis parpados se cerraron con pesadez dimitiendo finalmente, ante el silencio que lo cubrió todo. La nada invadió cada rincón, de tal modo que ya no hubo lamentos, gritos, risas, voces; tan solo el más lóbrego silencio, la ausencia de todo, alegría, tristeza o felicidad ya no estaban. Era una

quietud sistémica desprovista de algún sentido, quizá como debe ser el vacio mismo.

No sé cuanto tiempo transcurrió desde ese momento, hasta abrir nuevamente los ojos para darme cuenta, que todo alrededor resplandecía con una tonalidad nívea; palmariamente inhabitual, casi cegadora. Al hacerlo descubrí que me hallaba acostado sobre una litera, me esforcé intentando apoyar uno de mis brazos para incorporarme, mas noté que algo impedía mi movimiento y dirigiendo la mirada hacia mis muñecas advertí sobre ellas una banda de cuero que me asía, adhiriéndome al lecho. Además, de este artilugio captor vestía yo una bata blanca, símil de aquellas paredes que me enclaustraban; en un santiamén caí en cuenta que mi peor temor se revelaba cierto, rugiendo como una bestia herida intentando liberarme. Infructuosamente mis gritos chocaban contra las paredes, en la futilidad de un auxilio inexistente y el tormento de no entender como había terminado en aquel lugar, como un lánguido damnificado de la mirada de Carolina, la ternura de Diana, un crimen sin culpable, un recuerdo en la playa, una casa vacía.

El mutismo fue mutilado por pasos que agitados se allegaban, sucesivo el sonido metálico de unas llaves transgredieron la cerradura.

– ¿Quién podría ser? –me preocupé.

De inmediato mi incógnita tuvo respuesta al ver frente a mi, un tropel de formas femeninas vestidas con traje clínico escoltando un veterano médico, quien portaba en su mano una inmensa jeringa, que no tardó en aproximar a mi brazo luego

de zanjar el camino que lo distanciaba de mi lecho. Naturalmente mi furia, protestas, contorsiones resultaron inútiles y un líquido incoloro se adentró en mi torrente sanguíneo con la misma sutileza de las palabras del galeno:

–Tranquilo muchacho estarás bien–.

Mientras me ofrecía aquel espaldarazo de seguridad, y el fluido navegaba en mi cuerpo; el desmadejamiento hizo que su rostro se transmutara en el Diana, su escaso cabello grisáceo se ramificó hacia una exuberante cabellera castaña, la rala barba desatendida a un mentón preciso, los ojos vencidos y plegados dieron el giro hacia los nostálgicos iris avellana y el silente murmullo de las asistentes se tornó en una desalmada carcajada, potente, ensordecedora. Sin embargo, la mutación no se detuvo, pues el cabello cobrizo se tiño de oscuro como el más negro azabache dando paso a la mirada inquisitiva de Carolina, quien auscultaba –

– ¿Dime la verdad eres un asesino? ¿Es esa la causa de tus delirios?–

De nuevo su semblante cambió al de Diana, quien esta vez imputaba:

– ¡Eres un asesino lo sabes¡ perturbado quien te pierdes en tu propia miseria, viviendo de mentiras, engañándote a ti mismo–

Conforme articuló esto último ya no era Diana, ni Carolina; sino nuevamente el médico. Yo por otra parte era solo un pobre despojo que se hallaba en uno mas de sus habituales desvaríos, otra vez todo resultaba una quimera, tal vez una premonición; del modo que fuera lo único cierto era que pedía a gritos

la ayuda de un psiquiatra. Con esta última visión me abatí en un ensueño del que desperté en mi propia cama, en mi apartamento, el que antes habitaba Diana, y mi hijo.

Asumí que mi vida se desenrollaba dentro de una fantasía, así que elegí consentir las visiones, convivir con ellas e ignorar sus argucias. Esa noche asistí al bar con el aliento obrando de suela de zapatos, no obstante, con una disposición encomiable y la simple premisa de vivir en un mundo de fantasmas, donde yo era uno mas de ellos ¿Qué mas podría conmoverme? Al llegar, el barman me saludó afablemente, disponiendo mí bebida sobre la barra; cuando menos aquel sencillo acto resultaba un aliciente, quise hablar sobre cualquier tema, y él al notar mi desaliento indagó:

–Oye amigo ¿no tienes animo fiestero hoy…verdad? ¿Qué te preocupa?

–He tenido algunos inconvenientes–observé–a propósito sabrás de algún psiquiatra o de alguien que pueda conocer uno–

–Espera un momento, indagaré–respondió mientras servía un trago a otro comensal y departía con otros clientes.

Transcurrida una media hora regresó hasta mi sitio con otra copa–Creo que alguien podría ayudarte con tu consulta–dijo señalando a una hermosa joven de cabello negro sentada en una mesa contigua a la barra.

Me aproximé a ella quien me miró con cierto dejo de familiaridad.

–Hola– saludé–disculpa si resulto inoportuno, es que mi amigo… – entonces ella sonrió notando mi nerviosismo.

–Descuida–dijo seguido–sacando de su bolso una tarjeta personal la cual me entregó, esta contenía los datos de un médico psiquiatra–y continuó—Llámalo, sé que podrá ayudarte.

Agradecí su gentileza, crucé algunas palabras mas con ella, y reí como hace mucho no lo hacia, al encontrar en esa suave criatura el temperamento jovial que yo mismo había perdido. Incluso quedamos en reunirnos de nuevo para compartir una bebida.

Sin tiempo que perder la mañana siguiente decidí visitar al médico, en lugar de llamarle primero, con la expectativa de lograr una consulta.

A eso de las 9:00 am, arribé al edificio de 8 pisos repleto de oficinas en busca del consultorio 501, según indicaba la tarjeta. Al llegar di tres toques suaves sobre la gruesa puerta de cedro y desde el interior vino una joven asistente de unos veintidós años.

–Buenos días señor…siga– saludó cordialmente–como si me esperara.

–Gracias señorita ¿Cómo esta usted? Vengo a… –

–Bienvenido, tomé asiento–interrumpió ella– le anunciaré al doctor su llegada.

–Le agradezco– dije con cierta sorpresa, en tanto ella levantaba el auricular para informar mi visita.

–Aguarde un momento–dijo al instante dirigiéndose a mi– ¿desea tomar algo?

–No descuide, estoy bien–agradecí.

Mientras esperaba la autorización, me entretuve en los cuadros que reposaban sobre las paredes de la sala de espera; todos me resultaban conocidos, sobre todo una fotografía a blanco y negro del puente de Brooklyn, la cual percibía muy familiar como si la hubiese visto antes en alguna parte, justo esa podría aseverar. Entonces la voz de la secretaria me sustrajo de mi embeleso.

– ¡Señor ya puede seguir!–

–Gracias–dije avanzando hacia el despacho del galeno.

Empujé la puerta y al interior sobre un elegante escritorio de madera, aguardaba el psiquiatra quien me recibió con una sonrisa amplia y natural.

–Sigue por favor, ven aquí, siéntate –invitó.

Pero allí de pie sobre el panel de la puerta la sorpresa terminó lanzándome hacia un abismo delirante, al acertar en el rostro de aquel hombre la réplica exacta del viejo y misterioso sepulturero, ahora vestido de impecable blanco, tan sonriente que rayaba en la ironía. Esta siniestra, absurda, casi burlesca circunstancia me abatió, derrumbándome de rodillas sobre la blanca loza que recubría el piso y elevando la mirada al cielo supliqué – Dios, termina esta tortura, si soy culpable de crimen alguno simplemente arrebata mi existencia, si quieres reemplázala con la de aquel miserable que murió en aquella avenida, la de Diana, Carolina, Román o quien tu quieras–

Esta plegaria pareció conjurarme llenándome de paz, como si la luz fuera separada de las sombras que se cernían sobre ella; mi mente desistió de

divagaciones y tuve la fortaleza para incorporarme, alterado, con las manos temblorosas, pero vagamente sereno. Empero, a continuación el despacho del alienista, se mudó en el cuarto blanquecino donde recordaba haber sido inyectado; donde ahora yacía boca arriba soportado sobre mi espalda contra el frio y rígido tálamo, cubierto por blancas sabanas. Con las manos extendidas sobre los linderos metálicos, estas atadas con cintas de cuero y arriba la refulgencia de una luz me encandilaba. En la impensada circunstancia principié a tener memorias que se evidenciaban mas cabales, sentí mi mente dando forma a los recuerdos en los cuales aparecía Diana, caminado sonriente, tomada de la mano de aquel joven, rozando con sus pies la espuma del mar que lisonjeaba la arena de la playa, en una ribera nacarada.

–Calma…calma– repetí para mis adentros. Intentando frotarme los ojos con los hombros para calmar el picor en ellos, tarea que resultaba imposible.

–¿Supongo que nos hemos visto antes…verdad?–dije a la imagen ilusoria del doctor que se esbozaba en mi cabeza–y continué, aun estando al tanto de hablar solo, no obstante, este ejercicio parecía relajarme olvidando la agobiante postura.

–Sabe tengo mala memoria para los rostros…pero el suyo sé que lo he visto–

Mientras me entretenía en este desatinado ejercicio, súbito el doctor emergió junto a la cama auscultándome con una linternita.

– ¿Bien dígame por qué motivo esta buscando ayuda? –

–Primero explíqueme usted ¿Por qué estoy atado a esta camilla?–reclamé.

–Bueno…usted sufrió un colapso nervioso apenas cruzó la puerta de mi consultorio, se desplomó allí mismo como si hubiese visto un fantasma; así que decidimos sedarlo y traerlo aquí asegurándonos que no atentaría contra su persona.

–Doctor creo que usted podría ayudarme–dije–debo contarle algunas cosas que han ocurrido, pero le suplico desáteme siento la espalda hecha trizas–

Estaba dispuesto a contarle a aquel desconocido todas mis penurias, las cuales iniciaran el mismo día que vi a esa pareja cruzar la avenida tomados de la mano; cuando neciamente me enamoré de una mujer ajena. Necesitaba revelar a alguien mis obsesiones, mis temores; el padecimiento mental que soportaba cada día.

El médico simplemente quedó en silencio durante un prolongado lapso, luego mirándome fijamente dijo:

–Las desgracias suelen venir todas juntas–

–Aguarde un momento…¡eso…eso es…es exactamente lo que usted dijo cuando nos vimos en el cementerio!–afirmé con exaltación.

–No sé de que habla, debe calmarse–demandó él–ahora soltaré estas amarras, se cambiara y nos reuniremos otra vez en mi oficina–

–Claro… claro es lo mejor–asentí–

Aflojó de inmediato las sogas que cortaban la circulación en mis muñecas, liberándome, e indicó:

–Arréglese y aguarde a la enfermera que vendrá a acompañarle–

–Si doctor lo que usted diga–

Una vez quedé solo me apresuré en calzarme mi ropa, estaba anudando los zapatos cuando una mujer ingresó.

–Hola ¿ya está listo?–consultó.

–Si. Espere un momento–dije mientras terminaba de enlazar el calzado.

–Sígame–indicó ella–

Lo hice y llegamos de nuevo al consultorio que discerní, por tratarse de una ruta distinta de la cual había tomado en la primera ocasión, ahora se notaba diferente.

–La mujer dio un golpecito en la puerta y desde adentro el médico exclamó.

–¡Siga…siga!–

Me adentré en el dilatado espacio donde todo se distinguía disímil de mi retentiva, a excepción del psiquiatra quien conservaba el rostro del sepulturero.

–Siéntese–invitó sonriente.

–Gracias–dije amilanado.

–Ahora dígame ¿por qué cree que esta aquí? ¿Cuál es la razón de su visita?

Cuando me disponía a contestar su pregunta un hecho me conmocionó al extremo, se trataba de un portarretratos de marco platinado sobre el cual descansaba la foto de un pequeño.

– ¡Por el amor de Dios… si es mi hijo!–exclamé agitado.

– ¿Que dice?–rió el doctor tomando en sus manos el retrato –si el niño de esta foto soy yo a los siete años– y a continuación observó– la verdad es que la conservo por tratarse de un regalo de mi madre–

Seguido levantó su teléfono pidiendo que le trajeran dos vasos de agua, pero yo seguía mirándolo con recelo convencido que aquella imagen era la de Juan Felipe, sin lograr entender la razón de su juego, ni como había conseguido la fotografía.

Poco después una mujer ingresó con las bebidas, las descargó sobre el escritorio y salió; el médico me alcanzó una de ellas y mirándome indulgente dijo:

–Descuide, yo le ayudaré a recomponer sus ideas–

Su mirada compasiva conducida por una voz casi celestial empezó a generarme confianza, pacificado me perdía en la luz del sol que ingresaba traspasando el ventanal a sus espaldas; era como si aquel hombre tomara el peso que llevaba en mis hombros para descargarlo en otro lugar. Fue de ese modo hasta que una voz me trajo del ensimismamiento.

–Señor Krause, es un verdadero misterio como algunas personas poseen un parecido físico tan sorprendente...–y continuó– ¡Imagínese usted! creer que este retrato corresponde a la imagen de su hijo–

Hacia esta reflexión mientras me enseñaba de nuevo la foto que persistía en mí discernir, como la imagen de Juan Felipe.

–Aguarde ¿Cómo acaba de llamarme? –inquirí. Pero el ignoro la cuestión y prosiguió diciendo:

–Mire…Tengo una reunión a las tres de la tarde, por tanto tenemos poco tiempo; de cualquier modo quiero que me responda si reconoce las razones que le trajeron a este lugar.

Me disponía a relatar los múltiples hechos que consideraba causa de mi visita, cuando de pronto al mirar a través de la ventana vi un aviso que juraría haber notado antes; este me ubicó exactamente en el mediodía cuando ocurrió el deceso de aquel joven y conocí a Diana, la inauguración de todas mis desgracias. Recordé que ese día portaba en el bolsillo de la camisa un papel con una dirección anotada, y en mi mente se dibujó la nomenclatura exacta; la cual asombrosamente correspondía a la misma cuadra, donde se erigía el edificio en el que se ubicaba el consultorio. Era como si el destino quisiera llevarme de nuevo al mismo lugar ¿Como podía ser posible?

SORPRENDENTES REVELACIONES

Intenté aprovechar al máximo los minutos que me confería el médico para relatar en detalle cada evento, cada mínimo dato de la confusión que acogía mi ser; él simplemente escuchaba atento, tomaba anotaciones, asentía con la cabeza y luego tecleaba algunas líneas en el ordenador. Una vez concluí mi confesión psicológica, el psiquiatra se puso de pie avanzando hacia mí, y se dispuso a un costado observando:

–Noto un avance significativo–y continuó– lo que le diré lo sorprenderá todavía mas, le pido conserve la calma y trate de entenderlo.

–Por supuesto Doctor–asentí–realmente quiero que me ayude.

–Verá…una tarde llegó a este consultorio un joven notablemente afectado, padeciendo insomnio, ataques de pánico, lagunas mentales, ansiedad, alucinaciones; en síntesis una total confusión. No acostumbro atender a cualquier tipo de paciente, pero este además de ser un caso bastante particular, acarreaba consigo una connotación especial, que ya comentaremos en otro momento. Ese joven es usted y estos hechos ocurrieron hace más de dos años.

–Lo primero que debe aceptar es…–dijo–que padece una enfermedad mental, lo que intentamos hacer aquí es identificar que la originó y agudizó hasta el estado actual; debe confiar que podremos ayudarle, mas importante, esto lo alcanzaremos dependiendo de su propia disposición–

Yo lo atendía esperando que el cualquier momento su semblante sufriera una nueva mutación, mas esta vez eso no ocurría y él continuaba con su explicación.

El médico expuso que la enfermedad de la que hablaba requería de un tratamiento prolongado, además, impreciso en ocasiones. Que mi estilo de vida había agravado mi condición, y si bien mi padecimiento indicaba haberse generado en la etapa comprendida entre mi niñez y adolescencia, este parecía haberse agravado con un violento hecho que como un tesoro, mi mente fracturada ocultaba con recelo.

–Eso justamente es lo que procuro hallar–afirmó–la respuesta ha de estar disfrazada en las fábulas de los pensamientos que lo carcomen.

–De que habla doctor–consulté.

–Verá–prosiguió él–en sus múltiples ingresos a esta institución que no han sido pocos, usted ha descrito su relación con algunas personas, lo cual podría ser la luz que requerimos para alumbrar el brumoso camino que avanza–

Evidenciando que esta vez no era un desvarío, que aquel hombre si era un psiquiatra y que aquella cortina que se abría mostraba el albor de un espinoso despertar; continué atento a sus palabras con la impaciencia de conocer si habría cura para mí.

–Doctor dígame ¿hay alivio para esto?

–Créame amigo para eso trabajamos–certificó– su gravamen es un complicado trastorno afectivo y de comunicación, pero junto a mi equipo de colaboradores estamos preparados para concebir su enfermedad, aplicando el tratamiento adecuado; como le decía antes esto lo lograremos con su ayuda y compromiso, con el cambio de hábitos en su forma de vida, como también con el apoyo de personas que le aprecian–

Mientras hablábamos ingresaron un par de enfermeras, una de las cuales se aproximó llevando en su mano una jeringuilla, al verla me espanté, pues lo único que quería era que aquel vejete hiciera de una buena vez, la distinción entre lo cierto y lo efímero.

–No quiero que se me acerqué…no… no se me acerque…–grité agazapado sobre el asiento, naturalmente resultó inútil mi batallar, pues la aguja terminó transgrediendo mi dermis; haciendo que la voz del galeno se escuchara lejana, debilitándose como un eco que en la distancia repetía:

–Debemos internarlo nuevamente–

–Creo que esta vez será largo tiempo–ratificó la otra enfermera acariciando suavemente mi cabello–ojalá logre recuperarse completamente.

Desperté confuso sin saber donde estaba o que hora era, al mirar alrededor recordé el cruel albur de mi destino. Ahí estaba sobre la pétrea cama de hospital a donde había sido trasladado, por no afrontar mis culpas, mis miedos, mis errores; al no dar cara a ese temor que mata lentamente, que ciega y enmudece haciendo sudar frio. Estaba harto de eso.

– ¡Déjenme salir!–di inútiles alaridos casi sumido en el llanto–¡Dejenmeeeee saaaaliiirrrr!

Mis suplicas finalmente, llegaron a oídos de una enfermera quien arribó al cuarto, aproximándose a mi frío catre con animo compasivo y mirada sensible; su rostro era muy bello forjando la imagen de Carolina, a quien añoraba mas que nunca. Claro, sabia que ella no estaba conmigo, eso era irrefutable.

– ¿Que necesita señor?–preguntó la enfermera con gesto paciente.

–Necesito mi libertad, necesito saber por qué llegué aquí –imploré.

– ¿No entiendo a que se refiere?–dijo ella sonriendo –el doctor está haciendo lo mejor para ayudarlo–

Y descargando sobre una mesita contigua a mi cabecera, unas capsulas amarillas– continuó– tome su medicamento, ya se sentirá mucho mejor.

–No quiero ningún medicamento señorita–respondí–solo quiero irme de aquí, le ruego ayúdeme o cuando menos dígame que es lo que hay en mi expediente médico, se lo suplico.

– ¡No puedo hacer eso!–exclamó ella.

Sin embargo, insistí–Se lo imploro tenga piedad, ambos sabemos que estoy perdido en este lugar, solo pido un poco de clemencia; saber cuando deje de ser un hombre para convertirme en este despojo–

Mis palabras parecieron surtir efecto en esa joven asistente, y en su corazón emergió la caridad para ir en contra de sus directrices.

–Aguarde un momento. Veré que puedo hacer–indicó dejando el cuarto.

Creí que la tarde sobrevendría con la aplastante soledad, haciendo ingenua antesala a quien no llegaría, pero estaba errado. Al cabo de una hora apareció nuevamente la misma enfermera en el cuarto, portando consigo una carpeta ambarina, cerró la puerta con pestillo y de inmediato allegó su silla hacia mí.

–Esto– dijo señalando con el dedo la cubierta – es su expediente. Debo solicitarle que no revele a nadie que lo he traído conmigo, puesto que es información confidencial y pondría colocarme en graves apuros.

–No se preocupe, jamás la delataría…–asentí– es usted una santa.

Ella inició a leer:

Historial de evaluación mental del paciente…Datos generales

Sexo: Masculino
Diagnostico médico
Terapia médica recomendada

Antecedentes
Historial actual:

La condición del siguiente paciente comenzó hace aproximados veinte años, en los inicios de su temprana adolescencia, caracterizada por conductas de agresión familiar, alucinaciones, cambios anímicos, pensamientos relacionados con la muerte, dolores de cabeza, entre otros.
Diagnóstico psiquiátrico de trastornos mentales crónicos acompañados por alteración de la realidad, mutación de la realidad, desorganización de los pensamientos; concretamente de la conciencia de realidad. Adicción a sustancias psicotrópicas, barbitúricos, narcóticos, alcohol.
Trauma por evento violento, perdida de un ser querido.

–Espere un momento–interrumpí su rápida lectura de las particularidades que describían aquellas líneas–no se si quiera saber lo que dice a continuación.
¿Por qué evité aquello que había codiciado escuchar?
Porque sentí un profundo temor de los nombres que podrían revelarse a continuación, sin entender, ella me miró extrañada.

– ¿Quiere que le siga leyendo o no?–indagó.

Quedé en silencio atrapado en la ambigüedad de mis sentimientos, entre saber o no si ese legajo de papeles revelaba un horrendo crimen, si una vez que sus labios leyeran el siguiente párrafo la culpa saltaría sobre mí carcomiendo mi alma. Aquello que posiblemente, yo mismo había revelado me causaba ahora espanto, a tal punto que elegía continuar extraviado en los laberintos de mi mente, negándome a revelar un secreto del cual me separaba tan solo una línea.

– ¡No quiero escuchar nada mas!–fue mi elección, cerré los ojos y entonces la enfermera abandonó el cuarto.

Al quedar solo, gemí desesperado la desventura que me consumía; se me antojaba arrancarme la piel, desgarrarme el pecho, arrancar mi temeroso corazón ¿Cuántos medicamentos más? ¿Cuántos oscuros asuntos serian develados? En efecto, ahora la refulgencia de la veracidad, de lo palpable fulguraba. Pero este camino, paradójicamente, se exhibía como el más lóbrego abismo en el cual caía sin tocar su fondo.

Los personajes que me habían acompañado durante largo tiempo, reales o no, ya no estaban conmigo; esta vez tenía la certeza de quien era, aun cuando me aterraba saberlo. Un hombre sin objetivos, un solitario sin amor, un miserable aprehendido por blancos muros imposibles de escalar, olvidado en la apatía de una ciudad que lo desconocía.

El rechinar de la puerta me hizo creer que la dulce enfermera regresaba, pero al hundir mi mirada sobre el rectángulo cano que se abría pesadamente en espera de su silueta, vi de pronto a una anónima dama quien con pausado andar llegó hasta mí. Su mirar era delicado y su rostro agraciado, a pesar de los años que se evidenciaban en sus rugosas manos, que transitaron mi rostro y tiernamente exclamó:

–Mi pequeño Juan…mi inocente niño–

Al escuchar la dulce inflexión de su voz fue ingente mi asombro, esa apacible mujer enternecida frente a mi, era mi madre.

Resultó esta quijotesca visión, con todo lo increíble que pudiera resultar, en un acicate que acallaba mis clamores; sintiendo que la ciclópea carga que abatía mi cabeza, se hacia liviana hasta casi evaporarse. Allí estaba yo de cara a mi progenitora, resurgiendo de la lobreguez de mi confusión; redivivo como un ave fénix para encajar finalmente, en el más suave de mis personajes ficticios, aquel a veces ignorado. Yo era Juan Felipe…un chiquillo conviniendo recoger las piezas de aquel alterado rompecabezas mental, con el ánimo de ajustarlas dentro de su adecuado espacio, hasta lograr un carácter adecuado provisto de sentido.

–Todo estará bien mi pequeño–expresó la mujer observándome con su dulce rostro mientras serenamente se esfumaba en el viento, desvaneciéndose entre el blanco de las paredes del cuarto, subsiguiente, yo también me evaporé en un profundo sueño...

Provisto de esta nueva esperanza, con el ímpetu de un impúber desperté en el regazo de la madrugada; con laboriosidad logré desanudar las correas que me aferraban, luego con el sigilo por compañero descendí de la cama, procurando el superlativo mutismo que no despertase a ningún paciente, menos al cuerpo médico. Avancé rasgando la oscuridad en procura de un closet que había divisado con antelación, donde presumía se alojaba mi ropa; hurgué con arrebato el fresco espacio de tablón sin acertar nada distinto de una bata blanca y un ajustado pantalón que apenas me calzaba, previamente claro, tuve la reserva de verificar que fuesen atavíos limpios.

Antes de dirigirme a la puerta tenté en la negrura la ubicación de la cámara de seguridad, a la cual proferí un grotesco ademán que incitó una frívola risita al interior de mi confuso cráneo.

Luego salí determinando el mínimo ruido posible, calculando metros y sorteando obstáculos hasta alcanzar la salida, no sin antes cruzar ante el impasible vigilante, quien puedo asegurar me vio sin hacer nada para detenerme, ni mucho menos pedir apoyo.

Cuando al fin logré la anhelada libertad, me detuve un momento para mirar aquella pilastra arquitectónica, que resguardaba en su interior a la clínica psiquiátrica; al hacerlo recapacité sobre el desembolso económico que requerían mis constantes internamientos, como lo señalara el viejo médico –¿acaso era yo un simple vago errante ambicionando ingresar en esa fortaleza? no un paciente recién fugado, ¿quien cancelaba dichos servicios? O ¿Era posible que el respetable médico no me cobrara un peso, porque en el fondo realmente era mi hijo?–pensé riéndome del desatinado postulado.

Finalmente, emprendí mi huida antes de ser detectado por alguien, aunque ni siquiera recordaba como llegar al edificio; tampoco lograba atinar donde estaba, a pesar de haber llegado utilizando mis propios medios. Simplemente a esa hora, aproximándose las dos de la mañana, mi garganta se colmaba de afán por un glacial vaso de bourbon. Al fin de cuentas entendí cual seria mi destino: el único lugar donde lograba sentirme aliviado, ni siquiera el ridículo traje que vestía resultó suficiente impedimento y

abordando un taxi partí en búsqueda de mi apetecida meta.

El conductor probablemente extrañado ante mi atuendo consultó luego de saludar:

– ¿Trabaja en la clínica amigo?

Quizá por curiosidad o concluyendo precavidamente no fuera yo, una suerte de despistado travesti salido de una fiesta de disfraces.

–Ehhhh…si claro–Respondí.

– ¿Como es eso de lidiar con tanto loco?–continuó su indagación.

Abiertamente el calificativo de "loco" pareció herir mi susceptibilidad o eventualmente me contrarió su insatisfecha curiosidad, de modo que indiqué secamente:

–Es solo un trabajo más, solo eso–

El conductor guardó sensato silencio el resto del trayecto, dejándome prontamente en la puerta del bar.

Siendo esa hora de la madrugada, acicalado con el hilarante ropaje; resultaron inevitables las miradas de los presentes, no obstante, con altivez fui hacia la barra donde amablemente como era su habito, me acogió el barman sin cuestionar mi fachada.

–Dame una copa llena, en verdad la necesito–solicité.

–Enseguida amigo–acató él.

Cruzamos algunas palabras cuando regresó trayendo la bebida, en medio de las luces tras la barra, el alborotador sonido de la música, humo de cigarros, siseo de conversaciones, risotadas, copas de bourbon y vodka; todo esto me alejaba de mis disparates hasta

que de pronto escuché ser llamado desde una de las mesas, alejada a pocos metros de mi ubicación. Al girar vi a un hombre elevando su vaso de whiskey en señal de cortesía, apoltronado sobre una silla con su cabello encanecido iluminado por las luces; quien enseguida hizo un gesto para que me aproximara, sin poder distinguir bien su fisonomía acepté la invitación. Mayor no podía ser mi sorpresa al acercarme y ver al psiquiatra quien al advertir mi rostro sorprendido hizo un comentario burlesco.

–Mi apreciado amigo que buen disfraz, tal vez lo contrate como mi asistente. jajajaja…–

Sin encontrar gracia ninguna en su observación, al contrario asumiendo un ardid desesperanzador que propendía desestabilizar más mi aquejada razón, lo tomé por el cuello de la camisa exigiendo una explicación.

– ¡Que mierda es esto! ¿Cuando voy a salir de esta pesadilla?

En ese momento sentí que unas hercúleas manos me atenazaban los brazos, halándome hacia atrás hasta lanzarme de espaldas contra la silla.

Aterrado miré a mí alrededor. Ya no me encontraba en el bar, sino de nuevo en la clínica, agarrado por la fuerza de dos corpulentos enfermeros vestidos con su característico uniforme y frente a mí con cara de pasmo, estaba puesto el psiquiatra sobre su asiento, quien observándome dijo:

–Amigo tendrá que poner de su parte si quiere salir algún día de este lugar, solo en su propia mente podrá encontrar la llave que lo traiga de regreso a la realidad–

– ¡Yo no soy su amigo!–declaré ofuscado–seguramente quien esta loco es usted…ya déjeme salir de aquí.

Desesperado sentí ganas de golpearlo y salir corriendo, pero indudablemente me encontraba medicado, pues mi extenuación lo indicaba. Además, resultaba improbable poder luchar contra los sujetos que me asían, quienes me alzaron de la silla y forzado me condujeron de nuevo a la albar habitación. Donde una vez más encadenaron mis muñecas con gruesas correas.

Protesté inútilmente, retorciéndome y lanzando improperios, ante la mirada esquiva de los gruesos asistentes, quienes abandonaron el cuarto haciendo caso omiso de mi furor.

Una vez quedé solo recordé que ya antes había logrado desatar esas pretinas, en que lugar, en que universo, en que plano dimensional no importaba; lo que valía era que sabia como hacerlo y lo hice.

Me incorporé con un fuerte ramalazo en la espalda, sentándome al filo de la cama; tomándome el tiempo para reorganizar mis ideas dándoles orden, meditando un plan que consideré seria de utilidad, para esclarecer los eventos que albergaba dentro de mi cabeza: regresar al momento cuando conocí a Diana.

Sin lograr atinar la veracidad de las visiones que surgían, pude verla de nuevo en aquella playa, lo cual advertí me ubicaba en un escenario distinto, de aquel donde originalmente creía haberla conocido. De modo que dejé rodar mis pensamientos; en ellos la veía llevada de la mano de su joven amante mientras yo los observaba a lo lejos, agazapado bajo la sombra

de una rudimentaria tienda con techo de paja, columnas de madera y butacas formadas con troncos aserrados de viejos arboles.

Un hombre, tácitamente el tendero, se dirigió a mí afablemente.

–Hombre ¿Te sirvo una cerveza?–dijo–la nuestra es famosa por apaciguar el ardor del alma, pues te diré que tus ojos reflejan una melodía que canta notas de amor y tristeza.

Sin lograr intuir el sentido de aquellas palabras, mi evocación se diluyó justo en esas líneas, y no pude lograr recuperar mi remembranza.

ATRAPADO EN UN CUARTO BLANQUECINO

Empecé a sentir desahucio por mi vida, a tener ideas suicidas como único escape para mi alma atormentada; concebir que la muerte me llevaría al descanso junto a la tumba existente o no de Carolina. De pronto en mis manos fulguró un filoso cuchillo, el mismo que tantas veces apareciera en mis pesadillas, arrebatando la vida de aquel joven una fatídica tarde. Lo sostuve sobre mi mano temblorosa, sin perder de vista las venas brotadas en mis muñecas, y sin titubear inicié a cortar sintiendo el ardor que generaba cada movimiento de la afiliada hoja, dejando escapar la sangre a borbotones una vez que vulneró las venas.

Cerré los ojos y la sensatez manifestó un giro en mi meditar, entendiendo el fingimiento de aquel sacrificio, puesto que nunca salí de aquel cuarto, como

tampoco existía el pretendido cuchillo, ni el ardor que desangraba mis venas; todo era una simple exhortación de mis desquiciados pensamientos, la declaración de una plausible salida ¿Podría hacerlo, si tuviese a mi alcancé las herramientas? Concluí que en la habitación no existía artefacto que sirviera como soga de verdugo, ni guillotina; como tampoco en mi corazón existía el valor para arrebatar mi propia vida. Solo me restaba ser un latoso maniático, dando alaridos para llamar la atención del personal médico; así obré golpeando con neurosis la puerta, hasta lograr ser escuchado por un enfermero quien a toda prisa vino en mi auxilio, y al verme aguardando sonriente, consultó ofuscado:

– ¿Que quiere Señor? ¿Cómo consiguió desatarse?–

Sin embargo, en mi cabeza había germinado la semilla de un novedoso plan para acabar con mi existencia, de ahí el motivo de mis aullidos; sabiendo que los asistentes portaban consigo fuertes medicamentos que unidos trascenderían letales, pero al verlo parado frente a mí vislumbré la estupidez de mi plan.

¿Que pretendía? ¿Arrebatar el frasco de medicamentos a aquel hombre que debía tener el doble de mi tamaño? ¿O como un plan b, salir corriendo salvando el obstáculo de aquella muralla?

La verdad resultaba demasiado simple, continuaba sin saber quien era, que decisión pretendía para mi vida, que hacia en aquel lugar o cuales a ciencia cierta eran mis crímenes.

– ¿Qué quiere señor?–preguntó nuevamente el enfermero.

– ¡Quiero morir!–respondí con desconsuelo sentándome de nuevo en la cama, solo en ese vivaz momento acerté que eso era lo que siempre había querido.

El hombre se quedó de pie durante unos segundos, con el titubeó de acercarse para darme un espaldarazo de consuelo; vaciló gesticular alguna palabra observándome con mirada compasiva. Luego desistió girando para abrir la pesada puerta, abandonando el cuarto en silencio, resignando el eco que se atrapaba íntimo en el salón.

Vencido me dejé caer lentamente sobre el lecho, obrando el esfuerzo de perpetuar mi memoria en aquella playa; conquistando la representación hasta el momento justo en que mi mente me abandonara antes. De nuevo allí estaba Diana, y el palpitar agitado de mi corazón al verla.

Liberando una honda exhalación del aire en mis pulmones, conservé cerrados mis oscilantes parpados, sintiéndome feliz de lo que percibía; juzgando que tal vez el arrepentimiento era la llave para ser libre…manifiestamente yo lo estaba.

Mi mente rebosante de reminiscencias como un fisgón flotando en el aire, posado sobre el prisma de aquella la playa recreaba la imagen de los jóvenes amantes, del mismo modo que la mía propia.

–Bien, tráeme esa sorprendente cerveza tuya–dije al tendero haciendo al tiempo una señal para que me obsequiara lumbre, con la cual encender mi cigarro.

– ¿Te ocurre algo?–preguntó él–se te nota intranquilo.

–Solo creí ver a alguien conocido, nada importante, descuida–respondí.

Empero, mi mirada no lograba desunirse de la grácil silueta de la mujer, que avanzaba acariciando la blanca arena, admitiendo su dócil abrazo; solo verla la deseé con el vigor de mi corazón sacudido, debía ser mía clamaba mi razón mientras bebía un sorbo de cerveza. Transcurrido un rato agradecí las buenas maneras del barman, extendiendo el pago y me incorporé con el propósito de seguir la línea del perfume que liberaba la deidad hecha mujer. Haciendo antesala para el momento en que su enamorado edecán la dejase sola, y así lograr allegarme a ella. Era ese el inicio de toda desgracia.

A una distancia prudente los espié amándose con ternura, acariciando sus cuerpos húmedos por la salina del mar, ansiando hurtar su felicidad con el tremor nervioso de quien puede ser descubierto.
Mis pensamientos me habían ubicado notoriamente en un escenario decisivo, ratificado con lo que a continuación sobrevendría, en el instante cuando el joven amante giró, facilitándome ver su rostro bajo la claridad del atardecer…era Román.

El asombro que generaba esa visión me hizo estremecer, con un agudo escalofrió que caló en la medula misma de los huesos; era insólito, no podía ni quería creerlo. Dar crédito a ese reflejo de mis memorias surgía desmedidamente intenso…de repente la imagen se detuvo, como la cinta de una película cuya proyección se frena accidentalmente,

dejando la imagen congelada en un salto perpetuo; obstinándose en la representación de un rostro, que irrefutable era el de Román, mi gran amigo, el egregio enamorado de una mujer que pretendía mía.

El estupor me retrotrajo desbordado de temor, como si algo estuviera a punto de detonarse revelando una gran verdad. Abrí los ojos y sacudí la cabeza, ahuyentando la entelequia de grafías que se negaban a desaparecer. Sentado sobre las blancas sabanas observé el nevado muro frio de mi prisión física y espiritual, interrumpido tan solo por el crujir de la cerradura al girar, que permitió el ingreso del psiquiatra, quien una vez se incorporó en mi cosmos consultó:

– ¿Como se siente amigo?–

–No lo se, no sé absolutamente nada–respondí desalentado.

El se acercó para sentarse junto a mí, apoyando su brazo sobre mí hombro en un gesto casi paternal, me miro y preguntó:

– ¿Realmente quiere recordar?

–Es mi único anhelo doctor–asentí–sé que la vida no es color rosa, que existen temores y culpas; pero la razón no tiene matices mudables, la realidad simplemente es, y debe asumirse como tal. Con relación a su indagación solo puedo tener una respuesta…quiero recuperar mi vida sin importar el precio.

–Verá–dijo él– le hago esta pregunta por una razón, podría haber una forma de ayudarlo, no obstante, como en todo evidentemente existe un eventual riesgo.

–No estimo que exista un riesgo superior al estado en que me encuentro–interrumpí–lo que pueda hacer a favor de mi recuperación doctor, lo agradeceré –

–Ya veo–prosiguió–como le decía puede existir una opción para su complejo caso. Hace un par de años científicos de una universidad norteamericana, desarrollaron un recurso para pacientes con casos tan severos como el suyo, infortunadamente, con el riesgo lógico que tiene todo medicamento experimental–

– ¿Qué tan riesgoso es?

–Debo ser muy honesto con usted, este fármaco solo fue probado en dos pacientes, antes de su prohibición por una normatividad estatal, sin embargo, no es un secreto que en la comunidad médica se ha venido utilizando en casos muy excepcionales, por supuesto…–dudó continuar el psiquiatra–

–Puede decirme doctor, sé de lo que estamos hablando y la reserva que esto requiere; le aseguró que no lo pondré en evidencia, claro si lograra tener éxito esta cura de la que habla. Además, yo tomo el riesgo asumiendo la responsabilidad de todo. Podría firmar cualquier tipo de documento que usted considere conveniente, ahora dígame ¿Qué ocurrió con ellos? ¿Cuál es el riesgo?–

–Esta bien–dijo él, tomando una bocanada de aire para continuar– respecto de los dos pacientes que le menciono, quienes son los únicos casos datados que existen, esto fue lo que ocurrió: en el primero de ellos se evidenció una total recuperación, y el posterior reconocimiento demostró que el tratamiento había

resultado efectivo; pero adversamente al cabo de un tiempo de visitar regularmente a su médico para los posteriores chequeos, se observó un inadecuado manejo de la realidad. Era como si el paciente negara voluntariamente el aceptar las nuevas condiciones que la vida le ofrecía, poco después lo encontraron asfixiado con su propio cinturón, en el lugar donde residía–

–Entiendo–dije salivando mi garganta, deslizando el nudo que se había formado en ella e indagué– ¿Que ocurrió con el otro sujeto?

–Del otro individuo se sabe que soportó adecuadamente el medicamento, saliendo del estado de alucinación, pero apenas si logro enfrentar el entorno que se descubría ante él. Dos días después entró en un profundo estado catatónico–

– ¿Que significa exactamente doctor?–inquirí.

–Verá–respondió–el paciente se encuentra en un estado de inmovilidad, en el cual aunque pareciera estar atento a lo que sucede, realmente no responde a ningún estimulo externo, como si se hubiese desconectado del mundo exterior.

– ¿Hace cuanto ocurrió esto?

–Al día de hoy, sin existir mas referencias sobre este caso, llevaría unos cinco años en semejantes condiciones.

– ¿Usted cree que mi caso seria diferente? Dígame con honestidad doctor–

–Como dije, estos casos que antes mencioné son los únicos documentados y fueron la base para la prohibición. Aunque muchos colegas, incluyéndome, estamos de acuerdo en que la medicación es efectiva;

seguramente lo ocurrido aquí fue una mala lectura de los antecedentes de esos pacientes, quienes respondieron positivamente al tratamiento, pero su mente concluyentemente se habituó a vivir en la irrealidad–observó.

–Insisto–dije–con el insondable temor que aquella lotería implicaba, más reforzando mi intención ¿cree que seria distinto para mí?

–Estoy convencido. Durante el tiempo que lo he tratado, he notado en usted un profundo temor de enfrentar los secretos que oculta su mente, pero al mismo tiempo una férrea lucha de su conciencia por salir del estado que lo apresa. Si me lo pregunta, pienso que este fármaco ayudaría en su caso–

–En verdad debo agradecer sus palabras– afirmé– se que su intención no es otra que ayudarme y mi reflexión no podría resultar mas simple ¿Realmente qué mas puedo perder?

–Puede ser cierto–corroboró él–pero debo ser preciso también al señalar que la decisión es solamente suya, teniendo además en cuenta, que en el tiempo que usted ha sido tratado con medios convencionales, su avance ha sido significativo y existe el riesgo que todo ese logro pueda perderse–

–No importa doctor–le dije– ya he perdido todo. Vivir de esta forma carece de cualquier sentido, que diferencia existe entre perderme cuando menos en el intento de hallar una solución, o terminar quitándome la vida a causa de mi angustia. No tengo la menor duda, con toda la claridad que usted ha demostrado en su ilustración, incluso, con el riesgo que sé presupone, como sea vale la pena intentarlo–

–De acuerdo–respondió él–sobra decirle lo que ya sabe, al igual de los riesgos sobre la reserva de este asunto si llegamos a tener éxito–

–Claro que si–respondí.

–Daré inicio a los preparativos–dijo él–esto tardará tan solo un par de días. Dentro de un momento lo visitará una de mis asistentes para explicar la dieta y previsiones que deberá tener para el momento de la intervención. No se trata de nada riguroso, simplemente unos cuidados básicos; tratándose aprovecho para decirlo de un procedimiento invasivo, con un medicamento de efecto altamente penetrante. Solo basta desearle suerte en el arriesgado viaje que emprenderá, a las profundidades más insondables de su mente–

Aguardé ansioso el esperanzador momento sin pensar en los riesgos, enfocado únicamente en la oportunidad de redención que ello implicaba. Finalmente, trascurrieron los días indicados y la agitación de mi corazón indicaba la cercanía de los hechos. Día y hora estipulados me acertaron anhelante en el aislamiento de aquel cuarto. La primera en ingresar fue una enfermera que nerviosa iba de un lado para otro, quien al momento sacó de su bolsillo un pequeño radio que encendió, dejando sonar una melodía que alguna vez escuchara en el bar; luego se dirigió a la gaveta del closet, de donde extrajo una bata y pantalón blanco extendiéndolos hacia mi, indicándome que los visitera y luego me acostara completamente distendido sobre la cama. Acaté su directriz, y en ese instante ingresó otra enfermera portando una bandeja plateada, entretanto la que ya

estaba antes, ató mis manos con las cintas a los extremos de la cama. Un par de minutos después ingresó el médico.

– ¿Como se encuentra?–preguntó y antes de yo responder prosiguió–debe estar muy tranquilo, sentirá solo un pinchazo seguido por un poco de dolor.

La enfermera que había ingresado después se allegó a la cabecera de la cama, descargando sobre la mesita contigua a esta la bandeja, de donde tomó una jeringa que insertó en un pequeño frasco de color amarillo, obrando que el vacio dentro de ella se llenara con líquido. Posteriormente adecuó mejor mi postura, descansando mi cabeza sobre una suave almohada y se dispuso a inyectarme.

– ¿Cuánto tomará esto doctor?–pregunté virando para mirarlo.

–La inyección solo un segundo–respondió él sonriendo–en cuanto al medicamento, una vez inicie a surtir efecto sentirá una fuerte punción recorriéndole los músculos, esto puede prolongarse durante unos minutos; posteriormente sentirá un agudo adormecimiento que lo sumergirá cada vez en un sueño profundo, como si cayera por un oscuro abismo. Transcurrido este lapso iniciará a recordar; su remembranza inicial resultará desconcertante, totalmente desatinada, para dar en seguida paso a memorias que serán reales. En esta transición continuará dormido–

–Entiendo doctor–dije dejando descansar los parpados–mientras la enfermera presionaba la jeringuilla contra mi brazo, introduciéndola en la vena para liberar el frio líquido áureo.

–Continúe con los ojos cerrados–dijo la voz del médico– ¿Siente algo extraño?

–No.

Todos permanecieron en silencio un instante, luego vino una nueva confirmación.

– ¿Ahora?–

–No…no siento nada.

–Bueno, aguardaremos un momento. A veces esto requiere un poco de tiempo–dijo–permanezca quieto, lo mas relajado posible–y observó–no es necesario que responda, aun cuando escuche lo que decimos, solo concéntrese, déjese llevar por el silencio.

A pesar del tiempo transcurrido desde que hizo esta última sugerencia, pude oír cuando el médico decía a sus asistentes:

–Saldré un momento, voy a revisar otro paciente. No tardo–también escuché la puerta al cerrarse.

–De acuerdo–contesté en mi mente como si le respondiera a él.

De pronto un intenso dolor como millones de hormigas inyectando su veneno, inició a recorrer desde el extremo del talón hasta la coronilla; sentí verdadero pavor al escuchar las pulsaciones agitadas en mi pecho a punto de explosionar. Al instante percibí como el reflejo de la luz que se colaba entre mis parpados o aquella sensación de que la luminosidad sigue ahí, principiaba a apagarse, pero me sabía todavía consciente. Luego un aire gélido empezó a subir por mi espalda como si estuviera sumergido en una pileta de hielo; entonces la oscuridad se apoderó de mis pensamientos como una gran pantalla carente

de imagen alguna. Vino a continuación la alteración de la cama girando cada vez con más vigor, queriendo desprenderme de ella; mi corazón saltaba convulsivo e hilos de líquido escapaban por mis poros. Una amarga bilis recorrió mi garganta buscando salida, ahí perdí el conocimiento. De inmediato sobrevino el estremecimiento de un golpe seco sobre una rígida superficie.

Entreabrí con vacilación los ojos acertándome en la habitación, en cuyo techo nacía un delgado tubo que inspeccioné con curiosidad desde mi posición, parecía ser algún tipo de cable eléctrico o algo similar que aparentaba moverse; eventualmente un segmento de la estructura misma del edificio, aunque con exaltada curiosidad este objeto se convirtió en el foco de mi atención, de modo que sin querer descartar ninguna opción consulté a una de las enfermeras.

–Señorita ¿Qué es eso?

– ¿Qué cosa señor?

–Eso…indiqué con un gesto de mis labios–esa cosa que se descuelga del techo, como un pedazo de tubo.

–Hummm–dijo ella inspeccionando y replicó–la verdad no sé.

Inundado por una súbita cólera exclamé lo que mi sentido común deducía.

– ¡Pues yo concluyo que es una cámara!...–¡Claro eso es! Una cámara de video, mera casualidad me permitió verla ¿Quien carajos son ustedes? ¿Por qué me hacen esto, acaso me vigilan? Es esto una especie de experimento, porque la verdad no logro recordar nada–y continué–retorciéndome con

angustia, atrapado por las fuertes correas que impedían liberarme e increpando a la enfermera – ¿Qué mierda me aplicaron? ¡Auxilioooo…!

La ansiedad no podía ser mayor, confinado en aquel espacio blanco en compañía de la impasible asistente. Sorprendido en aquella prisión, víctima y victimario aferrado a lo inútil de una vida impropia. Las ideas llegaban cada vez más confusas mientras mi protesta se coreaba.

– ¿Que me habrán aplicado estos infelices? con el pretexto de ayudarme a recordar, ahora si voy a perder la razón convirtiéndome en su animal de circo, para que todos me vean–

Me sentía como una bestia salvaje atrapada e inmovilizada, observando con horror la burla a la cual era sometido. Apareció por último una intensa luz que me cegó y rodé hacia un precipicio tan lóbrego como la más oscura de las noches.

– ¡Mierda, he muerto!–deduje–Pero al instante emprendieron a brotar imágenes. Una vez más me encontraba parado sobre aquella avenida intentando cruzar la calle, luego un minuto después en la playa viendo a Diana, con su amante. Después todo aparentaba ponerse de cabeza para ubicarme en el bar, agarrado a la cintura de Carolina, embebido de sus besos…como un relámpago de nuevo solo oscuridad, la mas profunda de todas.

A VECES ES MEJOR NO RECORDAR

Empecé a abrir los ojos percibiendo una terrible pesadez en ellos, asaltado por un fulgor lumínico encandilador, era la luz del sol. Me encontraba tendido sobre la blanca arena de la playa, con el mal sabor del ron impregnado en la lengua y la garganta tan seca como un desierto al atardecer; con dificultad me incorporé echando un vistazo a mí alrededor, percatándome que no había nadie más excepto yo, el fuerte dolor de cabeza que me impedía pensar con claridad y esos inaugurales e ingentes rayos de luz, que el sol deja escapar en la mañana. Alucinado caminé algunos metros hasta toparme con las primeras siluetas de vendedores y turistas, un par de ellos me saludaron con un gesto de la mano al verme e instintivamente respondí su saludo. De pronto, un impulso me obligó a detenerme, al observar viviendo en dirección hacia mi lugar, una pareja de enamorados que feliz avanzaba bordeando la orilla del mar. Así empecé a recordar el inició de todo esto, del por qué había muerto aquel inocente; me incliné sobre la ardiente arena tomando un puñado, cerré los ojos y al abrirlos de nuevo advertí la barra el bar, donde me hallaba acompañado de dos sujetos, uno a cada lado de mi silla; eran los mismos que hace un segundo saludaba en la playa, y apoyada sobre la barra descansaba una fotografía de Román, la cual acerqué a uno de ellos con el dedo índice.

–De modo que este es el hombre–dijo el que estaba a mi izquierda–

–Si es él, les juro que al principio no podía dar crédito–respondí.

– ¿Dice usted que es su amigo?–preguntó el otro, sonriendo.

–Eso creí hasta verlo hace un par de meses con mi novia, caminando juntos de la mano como dos adolescentes enamorados, disfrutando la brisa de la playa–observé.

– ¿Que es lo que quiere que hagamos nosotros, exactamente?

–Solo quiero darle un buen susto–comenté–una lección que le enseñe respeto, lealtad; con eso estará bien, eso si, no vayan a lastimarlo, de cualquier modo ese infeliz era mi mejor amigo como dije antes.

Resultaba horrorosa la visión que describían mis recuerdos, ¿De que se trataba todo aquello?, ¿Qué hacia reunido con esos hombres? ¿De que demonios estaba hablando?

Infructuosamente me esforcé en escapar de la pesadilla, cuando las imágenes corrían como una película, rodada por un proyector oculto en un sitio velado que yo desconocía, avanzando en una secuencia de imágenes cada vez más crudas y dolorosas.

Extendí con cautela un fajo de billetes debajo de la mesa, el cual uno de los sujetos recibió llevando de inmediato a su bolsillo, luego me incorporé de la silla dejando el pago de las bebidas sobre la barra.

Los sujetos se despidieron con un estrechón de manos, quedando en darme aviso cuando "el trabajo" fuera concluido. Tambaleante salí del bar, distraído tropecé con una hermosa dama que portaba en sus manos una revista, la cual cayó sobre la acera humedecida por la lluvia.

–Disculpe señorita, fue mi culpa–dije inclinándome, pellizcando la mojada revista con los dedos y extendiéndola hacia ella, quien obviamente no la recibió.

–Descuide joven, consérvela–respondió con una hermosa sonrisa dibujada en su angelical rostro.

Continuamos por senderos diferentes sin cruzar más que esas palabras, pero en la imagen que se revelaba pude reconocer el cabello ámbar, que engalanaba el agraciado semblante de Carolina.

Esa madrugada llegando a casa me dejé caer sobre los fríos tendidos de la cama; conservaba la revista conmigo, y al no lograr concebir el sueño ante múltiples ideas que se entremezclaban, decidí darle una ojeada. Se trataba de una revista de psicología al interior de la cual, llamó mi atención un segmento de literatura que narraba en algunas líneas, la historia aparentemente basada en hechos reales de un hombre llamado Facundo Krause.

No podía precisar si para ese momento, estaría retorciéndome sobre las blancas sabanas de la clínica psiquiátrica intentando despertar, mas sí lograba distinguir con claridad que aquello eran indudables recuerdos, de los cuales mi mente deseaba escapar, no obstante, me resultaba imposible lograrlo.

Durante un segundo creí retornar a la sustantividad de la habitación clínica, sintiéndose esto muy real; momento en el cual ingresó una mujer ataviada igual que las enfermeras, a quien identifiqué de inmediato como Carolina, la cual se acercó y abrazándome, con lágrimas en los ojos dijo –Debes estar tranquilo, podrás superarlo–

Pero se esfumó de inmediato devolviéndome a los ocultos recovecos de mi conciencia; al viaje interior donde terribles acontecimientos ligados a mí actuar resurgían.

Según esas memorias que se develaban durante varios seguí a Diana, sin que ella se enterara, al parecer tampoco en ese lapso de tiempo se evidenció que ella confesara sus amoríos con Román. Debió pasar tal vez una semana, eso logré suponer, hasta que una mañana recibí el llamado de uno de los hombres del bar.

–Amigo, mañana es el día– dijo la voz al otro lado de la línea– hemos seguido al sujeto, ya sabemos a que hora sale de la oficina para dirigirse hacia el restaurante, donde se reúne con ella. Nosotros le avisamos como salió el asunto– y continuó–tengo la dirección si quiere tomar nota o estar cerca cuando lo hagamos.

El tiempo pareció detenerse mientras escribía sobre un papel, la información que por teléfono me facilitaba el hombre...

Esa llamada justo antes del mediodía, fue el aviso que revalidaba el cumplimiento de lo acordado; una apuesta macabra que como se indicaba en la visión habían fraguado mis celos. Me dispuse a partir rumbo a mi cita con el ruletero destino quien me hacia su pasajero, antes tomé una ducha anticipando guardar en el bolsillo de mi chaleco la nota con los apuntes. La dirección que no se hallaba lejos de mi sitio de residencia, quedaba en el centro de la ciudad a unas doce cuadras de mi número. Me dispuse a salir e hipócritamente me persigné antes de cerrar la puerta

tras de mi, echando de ver la proterva intención en mi actuar. Siendo relativamente cerca decidí caminar, dando tiempo a que mi agitación emocional se alivianara, además, calculando una llegada oportuna.

Mientras observaba los encumbrados edificios que se erigían en oposición unos de otros, procurando la dirección que me había sido dada, solo podía rumiar la idea de ¿Cómo? Román y la mujer que amaba habían concluido traicionarme de tal manera; cavilando sobre semejante contrariedad proseguía mi andar, de pronto el sonido estrepitoso de la sirena de una ambulancia me sustrajo de mis razonamientos y a toda prisa debí cruzar la amplia vía para continuar mi camino.

Fue entonces cuando vi cruzar a una pareja tomados de la mano; el tendría poco mas de treinta años, ella factiblemente unos veintiocho. En ese momento mi corazón se detuvo volviendo a mi mente aquel pensamiento… ¿Donde estaría ella con su joven amante? mi propio amigo.

Distraído proseguí, pero al aproximarme casi a punto de cruzar por su lado lo pude ver con diáfana claridad; aquella pareja eran Diana y Román. Sin duda, se trataba de ellos no de una persistida entelequia de mi mente. En su inadvertencia no consiguieron verme a pesar de estar casi frente a ellos, era apreciable que desbordaban felicidad… debí hacer un esfuerzo tan ingente para escapar de aquella memoria que desperté torciéndome de conmoción, espasmódico y sudoroso; intentando levantarme de la cama a la que seguía atado. El cuarto lucia apacible con una media luz que anublaba los blancos muros, yo

me encontraba solo en aquel espacio, y atribulado inicié a llamar con la ansiedad atragantándoseme.

– ¡Auxilio, alguien que me ayúdeme…auxilio!–

Completamente ignorado nadie parecía escucharme, mientras me esforzaba intentando zafar las pretinas de mis muñecas, ensayando impulsarme hacia adelante, dando alaridos de auxilio; no tardé en soltar en llanto como un chiquillo, sintiéndome un miserable. No requería mas visiones para entender lo que había ocurrido en ese fatídico mediodía, cuando nacieron mis desgracias. No requería cerrar los ojos ni entrar en un trance profundo, las imágenes simplemente fluían como recuerdos usuales. Allí estaba yo sobre aquella avenida con Diana, sollozando, hecha trizas sobre el cuerpo desplomado de Román, suplicando a los transeúntes que la socorrieran, entretanto, los hombres con los que días atrás me había reunido en el bar escapaban a toda prisa.

Ella giró y pudo verme ahí de pie a su costado, sus ojos enjugados por el llanto se clavaron fijamente en mí, se disponía a decir algo, pero justo entonces arribaron los agentes policiales impidiéndole hacerlo…

Yo me encontraba en estado catatónico, tan abrumado como nunca había estado, cuando sentí una mano descargándose sobre mi hombro; viré para observar de quien se trataba, pero una fuerte luz me impidió ver la difusa imagen que se elevaba ante mi, de a poco esta se fue aclarando, se trataba del psiquiatra, y ante su efigie exclamé.

–Ahora recuerdo doctor, sé lo que ocurrió–

–Tranquilo–dijo él con voz pausada–respire profundo por la nariz, luego exhale por la boca, tómese un tiempo; lo que acaba de vivir es una descarga muy potente para su cerebro, poco a poco sus ideas se van reacomodando, como también la correcta actividad de sus funciones físicas, descuide yo estaré aquí–

Escuchando sus palabras solo conseguía repetir –ya sé lo que ocurrió…ya lo sé…–

Transcurridos unos segundos ingresó en la habitación una enfermera, portaba en su mano un vaso de agua y en la otra dos píldoras las cuales puso en mi boca, seguido me dio a beber un sorbo del incoloro liquido.

– ¿Se siente mejor?–consultó el doctor.

–No puedo decirle que me siento bien, seria imposible; pero ahora recuerdo gran parte de lo ocurrido, si bien parecen persistir algunos vacios en mi mente, como la sensación de fragmentos perdidos de mi vida que no logro encontrar–respondí.

–Es normal que se sienta de esa manera–observó el medico– ha pasado largo tiempo edificando un mundo ficticio en el cual esconderse. Ya recuperará con precisión la mayor parte de esas memorias que su mente intentó borrar, aunque debo mencionar que posiblemente halla cosas que nunca logre recordar. Para impulsar este proceso le ayudaré con los apartes de su historia que hemos develado a través del tratamiento. Lo importante es que usted se encuentra bien, y respondió de manera adecuada a esta compleja intervención–continuó el médico– ahora quisiera que

me diga con la mayor fidelidad que es lo que ha recordado.

–Por supuesto doctor–asentí e inicié a narrar en detalle los sucesos de mis visiones, confiando plenamente en él, sintiéndome al mismo tiempo como una suerte de animal atado a la cama que fungía en camisa de fuerza–

Cuando finalicé mi descripción el psiquiatra le pidió a su asistente que abandonara la habitación, ella obedeció dejándonos solos y él comenzó a detallar apartes tan dolorosos como mis propios recuerdos.

–Su verdadero nombre es Juan Felipe Lombardi, es usted oriundo de un pequeño poblado próximo a la ciudad de Sicilia, en Italia; en ese lugar vive un único pariente, su hermano Giovanni, con quien parece tener una exigua relación–

–Ya veo, doctor–interrumpí–le ruego continúe.

–Usted contrajo matrimonio hace cinco años con una mujer de nombre Diana, con ella contrajo nupcias tan solo dos semanas después del violento fallecimiento, de quien fuera su mejor amigo, de nombre Román; el cual fue asesinado en un intento de asalto.

– ¡Román, está muerto, Dios, no puede ser!–farfullé echando de ver este infortunio.

–Su esposa Diana, todo evidencia, se embarazó pocas semanas después de haber consumado la unión; pero en condiciones extrañas que nunca fueron aclaradas del todo, incluso este caso estuvo en los medios de comunicación, ella murió junto a la criatura que esperaba. Según los exámenes adelantados a causa de una terrible hemorragia; según se dijo en ese

momento como consecuencia de una caída accidental, el niño llevaría al parecer su mismo nombre: Juan Felipe–

–Doctor ¿podría soltar estas amarras? –dije señalándolas – ¿Acaso pretendería escapar conociendo esta verdad?–supliqué destrozado.

Benévolo él atendió mi ruego, una vez liberado me tendí en el frío suelo frente a él, quien se hallaba al filo de la cama, llevándome las manos a la cabeza.

– ¿Quiere conocer lo demás?–preguntó.

–Quisiera morir… pero descuide no intentaré nada, por favor continué– respondí.

–Parece que estos traumáticos acontecimientos, la violenta desaparición de sus seres queridos, y la presunta suspicacia sobre su proceder en ellos que usted mismo adjudicó, lo llevaron a refugiarse en el alcohol y las drogas; lo cual agravó el contexto de antecedentes emocionales que ya acarreaba consigo.

A pesar de ello usted se negaba a buscar ayuda, de modo que su subconsciente optó crear una realidad paralela en la cual se sentía protegido, sin embargo, una noche en uno de los bares de la ciudad tropezó con una mujer, quien sin pretenderlo se convirtió en su samaritano, su nombre es Carolina.

– ¡Carolina, por supuesto, la conozco!–dije inquietado–temiendo que también para ella el trágico desenlace hubiese sido el mismo, empero, aquí vendría una inesperada sorpresa cuando el médico continuó:

–Carolina. debo decirle es mi hija, quien colabora conmigo en algunas actividades de la clínica, también…–en ese momento la voz del psiquiatra se

entrecortó, como si las palabras no quisieran ser articuladas en sus labios, no obstante, prosiguió.

–Carolina, tuvo un hijo, mi nieto; él es el producto de su relación con ella, resultado de este acontecimiento ustedes quisieron casarse, pero una terrible crisis suya en medio de la boda imposibilitó que esta se llevara cabo. Yo mismo quise advertirle a mi hija antes, de lo inconveniente de semejante decisión, puesto que ya había antecedentes de su comportamiento errático. Esa fue la primera vez que nos vimos obligados a internarlo–

– ¿De que habla doctor, a que se refiere con estos antecedentes que menciona? –indagué.

–Bueno… le diré–replicó, con una ligera vacilación delineada en el semblante– resultaba visible que bajo los efectos del alcohol y otras sustancias, su mente integraba la imagen de Carolina, con la de su difunta esposa Diana, como si se tratara en ocasiones de la misma persona–

– ¿Lo que quiere decir es que proyecté a Diana, en ella? –indagué.

–Así es. Vivencias, recuerdos, conflictos, frustraciones; como si fueran la misma persona–corroboró él.

–Es totalmente descabellado doctor, no podría dar crédito si no confiara en su usted–

–En estos casos suele ocurrir, con todo, Carolina, siempre lo defendió en la convicción que usted podría recuperarse–

El siquiatra prosiguió detallando eventos, conductas, acontecimientos; muchos de ellos perdidos en la peor de las marañas, aquel relato que emergía de

la voz de aquel hombre compasivo a quien mi locura también había dañado, venia como una cascada del mas gélido liquido, helando mi corazón y mi alma, aun así, recomponía mis recuerdos hasta trasladarme a un horroroso paraje del cual un día había huido. Finalmente, apoyado sobre el blanco muro de aquella habitación psiquiátrica lo supe, atravesado por el escalofrió de la verdad que se despojaba de su mascara e inmerso en llanto recordé – ¡Yo maté a Diana….yo la maté! – ¡Dios, no puede ser asesiné también la vida que albergaba es sus entrañas…!–

Ella nunca había sido mía, fue de él desde un principio, yo la tomé por asalto, la arrebaté de sus manos, mentí, engañé para tenerla conmigo; pero una vez que la tuve, mis dudas, celos, desconfianza habían obrado como una infernal guillotina. Ni siquiera la muerte lograría resarcirme de tan horrendo crimen, la realidad era la peor de la hieles, el mas amargo elixir que alguien querría beber. De haber sabido de antemano el precio que mi salud mental depararía, probablemente habría pedido al médico guardar silencio, pedirle que callara y jamás encontrar las fichas extraviadas del rompecabezas de mis pensamientos, no obstante, apresado en mis lamentos; debí escuchar el colofón del relato que concluía con un juicio tan cruel como indiscutible:

–Ahora que se ha recuperado señor Lombardi, me temo que deberá rendir cuentas ante las autoridades por lo sucedido en aquel tiempo–dijo incorporándose y acercándose a mí puso su mano sobre mi hombro, para finalizar diciendo:

–Las desgracias parecen venir todas juntas y algunas cosas mí querido amigo es mejor no recordarlas.

Fin